

**P**ISSIMO ANIMARUM PASTORI,

ECCLESIAE MILITANTIS PRINCIPI,

CHRISTIQUE VICARIO,

**LEODIXII**

Pontifici Maximo

in quinquagesimo sui episcopatus anno  
jubilanti

**ACADEMIA CALASANTIANA**  
GRATULATUR

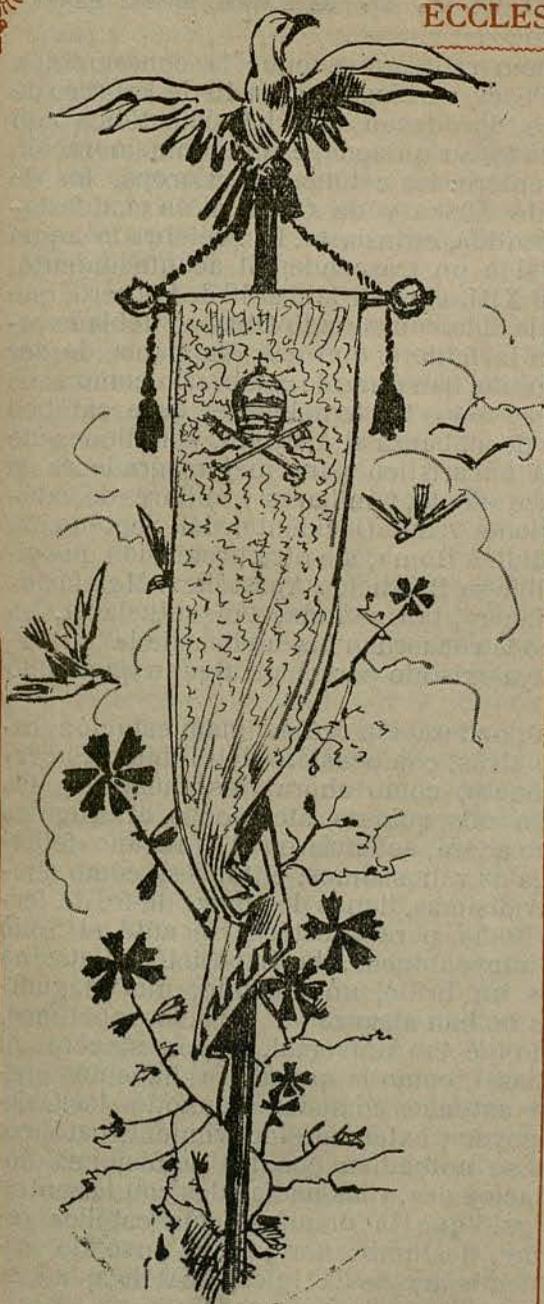
Præsida te, Pastor, grex Christi pabula carpit,  
Quæ quasi lac teneros intima cordis alunt.

Præsida te, Princeps, certamen forte moventum  
Ecce decoratum frons diadema gerit.

Te tribuente, Dei reverende, sacerque Vicari,  
Limina christifero Numinis alma patent.

Suscipe corda, Leo, pro tanto munere pacis:  
Amplius æquid erit?... suscipe corda, Leo.

TH. V. E. SCH. P.



## El Jubileo Episcopal de S. S. el Papa León XIII

El hecho que se conmemoraba era sencillo: la consagración episcopal del Sacerdote Pecci, verificada el día 19 de Febrero de 1843. Hechos como ese se reproducen en la Iglesia católica con suma frecuencia. Y con todo, su quincuagésima conmemoración ha conmovido al mundo entero: los católicos de Europa, los de América y los de Asia y de Africa y de Oceanía, en manifestación universal, sincera, sentida, entusiasta, han celebrado aquel hecho, como si hubiera sido un trascendental acontecimiento. Persuadidos de que León XIII, al recordar, el 19 de Febrero, que cincuenta años atrás había sido consagrado Obispo, debía experimentar una satisfacción inefable y que ese día había de ser para El, día de especial júbilo, han querido celebrarlo como si de cosa propia se tratara, y en todos los templos del orbe católico se han entonado himnos de alabanza al Altísimo, y millones de fieles han recibido el Pan eucarístico para mejor agradecer la gracia otorgada al Pontífice amado, y millares y millares de católicos, procedentes del Oriente y del Occidente, del Septentrión y del Mediodía, han acudido á Roma, sin otra pretensión que vitorear á León XIII y recibir su Bendición Apostólica. Manifestación tan universal, tan sincera, tan sentida, tan entusiasta, en favor de un personaje, no la recuerdan los anales de la humanidad. Acaso tampoco haya existido personaje alguno que tanto la haya merecido.

Grandiosa sobre toda ponderación fué la manifestación católica realizada un lustro atrás, con ocasión del Jubileo Sacerdotal de León XIII. Entonces, como ahora, los pueblos y los soberanos rivalizaron en obsequiosas atenciones al Augusto Pontífice; entonces, como ahora, se enviaron al Vaticano felicitaciones entusiastas, regalos valiosísimos; entonces, como ahora, peregrinaciones nutridísimas, llenas de amor, de fe, de fervor religioso, llegaron á Roma, para prosternarse ante el Solio del Soberano cautivo; y aún entonces, la Exposición Vaticana dió á las fiestas jubilares un brillo, un atuendo, una magnificencia, que las presentes no han alcanzado; pero, lo repetimos, aquella manifestación no fué tan universal, ni tan sincera, ni tan sentida, ni tan entusiasta, como la que ahora hemos presenciado. Organizáronse entonces comisiones en todos los Obispos para promover, apoyar y extender el movimiento católico; los comités parroquiales se entendían con las comisiones diocesanas, éstas con las nacionales, y las nacionales con la central de Roma; y así se consiguió que la manifestación católica resultara grandiosa, sublime, deslumbradora; así se puso de manifiesto la virtualidad potentísima de la Iglesia católica; así se

demostró que el Pontificado, á pesar de la guerra inicua de que era objeto, era una institución potente, llena de vida y de porvenir, y que el mundo creyente reconocía su derecho á la Soberanía independiente de que la Revolución le había despojado. La Iglesia católica, tomando ocasión del Jubileo Sacerdotal de León XIII, hizo un brioso alarde de su poder y de su vitalidad fecundísima. Mas al presente, la manifestación se ha producido de un modo espontáneo, ha salido de la entraña misma de la sociedad católica, que ha aprovechado esta ocasión para exteriorizar su amor, su admiración, su adhesión y su confianza en León XIII.

El Jubileo Sacerdotal tuvo todavía un carácter de protesta contra la Revolución opresora del Pontificado: el Jubileo Episcopal ha sido el primer himno del triunfo conseguido por el Pontificado sobre la Revolución masónica y anticristiana. No importa que la Revolución sea aún señora de Roma: está en la Capital del Catolicismo en calidad de huésped inoportuno. El mundo sólo ve en Roma á un Soberano, y este es León XIII. Si Humberto quiere aparecer como Rey de Italia, es preciso que abandone á Roma. El Pontificado ha adquirido tantos prestigios, que á su lado deben quedar necesariamente eclipsadas todas las majestadas de la tierra. Y desgraciadamente para la Italia oficial, el creciente encumbramiento del Pontificado ha sido paralelo á la creciente decadencia de la Italia liberal, y la universal aceptación de la política pontificia ha coincidido con la universal decepción producida por la política italiana. No hay Nación alguna, sin excluir las protestantes y cismáticas, que no prefiera la amistad del Vaticano á la amistad del Quirinal. El triunfo del Pontificado es indiscutible. Jamás gozó de tanta consideración, jamás ejerció influencia tan decisiva, jamás inspiró confianza tan firme, jamás sintetizó tan ajustadamente las aspiraciones de todos los creyentes.

Por esto los católicos que han acudido á Roma, para celebrar allí las *Bodas de Oro* de León XIII, han ido á la Ciudad pontificia, á la ciudad Capital del Catolicismo, sin acordarse apenas de que Roma es aún la Capital oficial del Reino de Italia. Saben que si es Capital del Estado italiano, lo es accidentalmente, y que no puede estar lejano el día en que de hecho sea la Ciudad pontificia. Y preciso es reconocer que los actuales dueños de Roma han recibido á los peregrinos de las diversas naciones, como los inquilinos reciben á los verdaderos propietarios, dejándoles en completa libertad de acción y absteniéndose de indagar sus intenciones y de vigilar sus pasos. Cuando se celebró el Jubileo Sacerdotal de León XIII, toda la Italia oficial se pavoneó de la libertad que concedía á los peregrinos y de la independencia de que disfrutaba el despojado Soberano que vivía en el Vaticano: los católicos acudieron á Roma con el entusiasmo que

inspira la proximidad del triunfo seguro, y la Italia oficial los recibió con la majestad protectora de que se reviste el que se cree asegurado en sus conquistas. Pero al presentarse en Roma los católicos que allí han preferido celebrar la fiesta del Jubileo Episcopal, han entrado en la ciudad con la serenidad y tranquilidad de espíritu del que ha triunfado, y los batidores de la Puerta Pia los han acogido, silenciosos y avergonzados, y les han dejado franco el paso sin atreverse siquiera á preguntarles si llegaban como amigos ó como adversarios.

Los pueblos y los gobiernos, al enaltecer á León XIII, con motivo de su Jubileo Sacerdotal, rindieron homenaje de respeto y admiración al Genio sublime que había terminado la era de los Kulturkampf, demostrando la indole benéfica y civilizadora del Catolicismo y su poder indestructible: bendecían al Papa que cerraba un período histórico sobremanera borrascoso. Los pueblos y los gobiernos, al felicitar ahora á León XIII por su Jubileo Episcopal, rinden tributo de admiración y de gratitud, al Genio privilegiado que inaugura una nueva época histórica, que determina una nueva fase de la civilización, que abre de par en par las puertas del porvenir, dejando asegurada la cultura cristiana por haberla de nuevo sometido á la dirección de la Iglesia, después de haber bautizado á las democracias, y de haber catequizado al socialismo racional y justo. Durante el último lustro, la Encíclica *Rerum Novarum* y las referentes á la situación y deberes de los católicos franceses, han desarmado por completo á los enemigos de la Iglesia, quienes no podrán seguir explotando contra ella la ignorancia, la penuria, los apetitos y las generosas aspiraciones de las muchedumbres. Gracias á la sabiduría de León XIII, el mundo se va convenciendo de que la Iglesia es garantía del orden social, apoyo firmísimo de los poderes constituidos, y madre cariñosísima de los oprimidos y de los necesitados. Por esto los gobiernos respetan á la Iglesia y los pueblos le confían su porvenir.

Sólo la Italia oficial se resiste sistemáticamente á esa evolución promovida por León XIII: la masa del pueblo italiano la acepta, la secunda, la sigue como el resto del mundo católico. Por esto la Italia oficial se ve cada día más aislada en el concierto de los pueblos civilizados. Y á ese aislamiento hay que añadir la doble vergüenza que hoy la humilla; la vergüenza de sus inmoralidades, puestas de manifiesto por los chanchullos bancarios, y la vergüenza de ver que, lejos de haber abatido al Pontificado, después de haber abierto la brecha de la Puerta Pia, el Pontificado ha crecido y crece en arraigo, en poder, en consideración y en prestigio, dejando burlados los planes de sus adversarios.

Así se explica que todos los Estados hayan querido contribuir á la apoteosis de León XIII; excepto el masónico Estado italiano. Sólo la Italia revolucionaria y carcelera del gran Pontífice se ha negado á prestar ese tributo de veneración, de simpatía y de gratitud al hombre más grande que ha producido este siglo. A la voz del augusto Cautivo los sectarios más empedernidos han depuesto sus furores, la han escuchado con respeto profundo, y sólo la han desatendido los satélites del Estado italiano. Ha logrado León XIII que en todas las naciones, menos en la Italia liberal, haya pasado de moda el combatir y escarner á los Sacerdotes del Altísimo, á los Institutos religiosos, á la jerarquía eclesiástica, y que aún los más impíos consideren de mal gusto ultrajar al Pontificado que tanto bien reporta á la causa del orden, de la libertad, y de la civilización, y al cual todas las naciones Europeas, sin excluir las Protestantes, ni aún la mahometana Turquía, han testificado su veneración y su consideración obsequiosa.

Con todo, la Italia liberal ha querido también hacer un alarde de fuerzas frente á frente de las fiestas jubilaires. A la manifestación católica ha opuesto una manifestación masónica. Ha convocado á los masones de toda la Italia para que se hallaran en Roma, el día 19 de Febrero, á las órdenes del *Gran Oriente*, Mr. Lemmi; pero como sólo se han reunido en número de 300, hanse limitado á celebrar un convite antijubilar en el *Salon Humberto I* de la Pequeña Bolsa, dándose el escándalo de que la charanga municipal amenizara esa comida masónica. Es todo cuanto han sabido realizar los italianísimos para protestar contra las fiestas jubilaires. Hay que convenir en que la manifestación masónica ha sido digna de la Italia liberal, como la manifestación católica ha sido digna del Pontificado: trescientos masones, en su mayor parte gente oscura, sin arraigo, sin representación social, sin prestigios de ningún género, comiendo, bebiendo, brindando, han celebrado el triunfo de la Puerta Pía y han expectorado amenazas contra la Santa Sede y contra el Vicario de Cristo; mientras que 65,000 católicos, pertenecientes á todas las naciones del mundo, entre los cuales se contaban 37 Cardenales, 200 Arzobispos y Obispos, algunos millares de Eclesiásticos ilustres, representantes de los Monarcas más poderosos y de los Soberanos más débiles, Diplomáticos distinguidos, publicistas famosos, escritores renombrados, venidos de todos los puntos de Italia, de Francia, de España, de Austria, de Alemania, de Inglaterra, de Bélgica, de Holanda, de Portugal, de Suiza, de Grecia, de Bulgaria, de Rumania, de Montenegro, de Rusia, de Turquía, del Asia, de América, de África, de Oceanía, llevando el nombre y la representación de lo más influyente, de lo más venerando que en el mundo existe; aclamaban á León XIII en el Vaticano en todos los idiomas cultos, y le salu-

daban como al Personaje más conspicuo de la humanidad contemporánea. La fiesta de los masones, fué la fiesta de la Italia usurpadora, enemiga de la Santa Sede, y se celebró por 300 vividores entre los humos de succulentos manjares y la cháchara excitada por vinos generosos; mientras la fiesta del Vaticano fué la fiesta de la gran familia cristiana, que esparcida por todo el Universo, oraba, bendecía á Dios, y elevaba desde la tierra al cielo un himno universal de amor, de gratitud y de esperanza, expresado en todos los idiomas. En representación del mundo creyente, los 65,000 católicos entonaban en el Vaticano un *Hossanna* sublime al cual respondieron en los centros masónicos los partidarios de la Italia oficial con un rencoroso y amenazante *Crucifige! Crucifige!*

\* \* \*

En corroboración de estos designios masónicos de la modernísima Italia, insertamos el siguiente párrafo del brindis pronunciado por el Gran Oriente en el banquete antijubilario, y que no tiene desperdicio: «Ya lo dije á nuestros hermanos de Nápoles, exclamaba M. Lemmi, *Roma debe ser el teatro de las luchas supremas*, Roma, nombre y virtud fatídicos en la historia del mundo. Entre los monumentos de las antiguas glorias, que recuerdan nuestra grandeza antigua, nosotros hemos colocado allí, armados el uno contra el otro, *dos siglos y dos príncipes, el Quirinal y el Vaticano. La lucha entre ellos es fatal: su inteligencia no salvaría al uno y llevaría al otro á su ruína.*»

Donde se ve, en primer lugar, que el Gran Oriente reconoce, como lo reconoció el Papa en última Enciclica acerca la Masonería italiana, que ésta es la que dispone á su antojo de la política italiana. Véase, además, que la creación de la monarquía no se hizo en favor de la Dinastía de Saboya, sino en odio al Vaticano; que el destino de esa monarquía es mantener prisionero al Vicario de Cristo; que el día que intentara romper las cadenas que aherrojan al Sucesor de San Pedro, la masonería la arrojaría del Quirinal, donde la ha dado regio hospedaje. A la vista de estas afirmaciones, una vez más repetimos á nuestros lectores, que el ingreso de la Italia en la *triple alianza* y los sacrificios insoportables, que para ello ha debido imponerse, tienen por objeto único asegurar la ocupación de Roma por la Revolución masónica y librepensadora. Por donde es totalmente quimérica la esperanza que algunos acarician de una reconciliación entre el Quirinal y el Vaticano: las logias no la consentirán jamás: antes desalojarán el Quirinal y volarán el palacio de los Pontífices, como, sin afirmarlo categóricamente, ha indicado M. Lemmi.

Pero León XIII conoce muy á fondo los planes de Francmasonería, y puede desbaratarlos en Italia, como los ha desbaratado fuera de ella. También la Francmasonería, valiéndose de Flo-

quet y compañeros, intentaba valerse de Francia para asegurarse en el Vaticano; y León XIII ha sabido ganarse al pueblo francés, y hoy no puede ya nadie dudar de que la República francesa ha dejado de ser instrumento de las Logias contra la Santa Sede. Ahora León XIII ha emprendido una campaña antimasonica en la misma Italia, atento á atraerse al pueblo italiano todavia no descristianizado por las sectas. La Enciclica sobre la masoneria italiana puso de manifiesto el plan del prudentisimo Pontifice. Las dos audiencias solemnes otorgadas á los peregrinos italianos, después de celebrarles misa en la Basílica de S. Pedro, los días 17 y 18 de Febrero, y el discurso que les dirigió, fueron un testimonio elocuentisimo del interés amorosísimo que el pueblo fiel italiano inspira á Su Santidad. El movimiento de reacción es ya fuerte, vigoroso: no sólo los católicos italianos, sino los ciudadanos todos de buena voluntad, reconocen y confiesan que la Italia sólo puede evitarsu desprestigio y su ruina aproximándose al Vaticano y reconciliándose con el Vicario de Cristo. Y tenemos esperanza firmísima, pues se apoya en los asombrosos éxitos obtenidos por León XIII, de que el pueblo italiano impondrá á sus Gobernantes el mandato de presentarse en Canosa y pedir la absolucíon y la paz al Pontifice Soberano.

UN ACADÉMICO.

---

## SECCION OFICIAL

---

### BENDICIÓN APOSTÓLICA

Con motivo del Jubileo Episcopal de Su Santidad León XIII, el Director de la ACADEMIA CALASANCIA dirigió al Eminentísimo Cardenal Secretario el telegrama siguiente:

«Eminentísimo Cardenal Secretario Rampolla.—Roma.

»La Academia Calasancia de las Escuelas Pías de Barcelona, celebra comunión general de Socios, verificada Sesión solemne en honor del Jubileo Episcopal de León XIII, felicita con entusiasmo á Su Santidad, y pide rendida la Bendición Apostólica.—Llanas, Escolapio.»

En contestación al anterior telegrama, el P. Director recibió el miércoles otro que decía: «Padre Llanas, Escolapio.—Barcelona.

«Su Santidad, agradecido por felicitaciones, bendice á los Socios de la Academia Calasancia.—M. Cardenal Rampolla.

»Roma 21 de Febrero 9 y 45 tarde.»

Lo que se consigna en la Revista para conocimiento y satisfacción de todos los señores Académicos.

El Secretario,

Barcelona 23 de Febrero de 1893.

JOSÉ M.<sup>a</sup> DE OLALDE.

---

## SESIÓN EXTRAORDINARIA DEL DÍA 19 DE FEBRERO

Ha sido la Sesión del día 19 una de las más brillantes que ha celebrado la Academia Calasancia. La concurrencia fué numerosísima y selecta como nunca. El testero del salón de Actos del Colegio, convenientemente adornado, presentaba un golpe de vista agradable. En el centro del testero sobre fondo de rico tapiz y rodeado de plantas escogidas, se destacaba un bien modelado y expresivo busto de León XIII, que desde allí presidía aquella imponente asamblea. En la antesala se había puesto una mesa petitoria presidida por los Académicos, D. Luís Pidal, D. José M.<sup>a</sup> de Olalde y D. Elías del Castillo, donde se recibían donativos para el Dinero de San Pedro.

Ocupaba la Presidencia el R. P. José Gispert, Rector del Colegio, el M. R. P. Antonio Anglada, Ex-asistenté general, el P. Eduardo Llanas, Director de la Academia, y los Académicos que componen la Junta Directiva.

La sesión fué desarrollándose en conformidad con el siguiente programa, que elegantemente impreso se repartió á la numerosa concurrencia:

### PROGRAMA

1.<sup>o</sup> Acta de la Sesión anterior.—2.<sup>o</sup> *Jesús de Nazareth*: para violines, violoncellos, armonio y piano, por los Académicos D. José A. Sala, D. Jorge de Satrústegui, D. Carlos Barrie, D. Fernando de Olalde, don Eusebio de López, D. José Oller, D. Luís Masriera, y los Sres. D. Francisco Mateu y D. Agustín Quintas.—*De Gounod*.—3.<sup>o</sup> *A S. S. León XIII*: Poesía del Duque de Rivas, leída por el Académico D. Enrique Tuyet y Bosch.—4.<sup>o</sup> *León XIII y la Política internacional*: Discurso por el Académico D. Alejandro Tornero y Martirena.—5.<sup>o</sup> *La Matinada*: para canto, con acompañamiento de violoncello y piano, por los Académicos D. Alvaro Camin, D. Fernando de Olalde y D. Agustín Quintas.—*De Mateu*.—6.<sup>o</sup> *A León XIII*: Poesía del Académico T. V., leída por el Académico D. Luís Masriera.—7.<sup>o</sup> *León XIII y la política de partido*: Discurso por el Sr. Vicepresidente Dr. Rafael Marsá.—8.<sup>o</sup> *Santa María*: Romanza de barítono por el Académico D. Alvaro Camin, con acompañamiento de violoncello y piano por los Académicos D. Fernando de Olalde, D. Eusebio de López y D. Agustín Quintas.—*De Faure*.—9.<sup>o</sup> *León XIII*: Poesía del Académico R. O. leída por el Académico don Juan Burgada y Juliá.—10 *Misión altísima de León XIII*: Discurso por el Presidente Dr. D. Narciso Plá y Deniel.—11. *Gallia*: Lamentación para violines, violoncellos, armonio y piano, por los Académicos señores Sala, de Satrústegui, Barrie, de Olalde, de López, Oller, Masriera, y los Sres. Mateu y Quintas.—*De Gounod*.

Todos los números del Programa fueron fervorosamente aplaudidos. Las piezas de conjunto lograron una ejecución esmerada, que hizo resaltar las bellezas que contienen. En *Jesús de Nazareth*, la introducción del *cantabile* por los violoncellos mereció justos plácemes de parte de los inteligentes. La *Gallia*, de la que los Académicos dieron segunda audición, obtuvo un éxito muy halagüeño. El Académico Sr. Camin cantó con muy buena dicción, dando á conocer su bien timbrada voz de barítono.

Los lectores de poesías cosecharon repetidos y ruidosos aplausos,

con lo cual quedaron galardonados del empeño que pusieron en complacer al público. Distinguióse el Sr. Burgada Juliá por una entonación vigorosa y entusiasta, adecuada á la índole de la composición poética que recitaba. El Sr. Tuyet leyó con espontaneidad plausible y el Sr. Masriera con acento insinuante muy recomendable.

Los tres oradores que figuraban en el Programa llenaron su cometido con envidiable acierto. El Sr. Tornero reveló cualidades de orador que le merecieron grandes aplausos. Distinguióse el Sr. Marsá como formidable polemista y razonador severo, y fué también muy aplaudido. El Sr. Plá fué varias veces interrumpido con aplausos por el entusiasmo que comunicaba al auditorio con sus grandilocuentes períodos y con la alteza de sus conceptos. Como los tres Discursos van insertos en este Número, nos abstenemos de escribir nuestro juicio acerca de su mérito respectivo.

Puso fin á la Sesión el P. Director de la Academia, quien antes de dirigir la palabra, fué saludado con nutrida salva de aplausos. Expuso el fin que la Academia se había propuesto al elaborar una sencilla hoja de la flor con que Barcelona contribuía á la guirnalda que el mundo católico colocaba en aquel día sobre las inmortales sienes de León XIII: dibujó á grandes rasgos la figura histórica del reinante Pontífice: manifestó que la apoteosis, de que León XIII era objeto, era la más gloriosa que el mundo había hecho á sus grandes hombres; añadió que el Papa era digno de la manifestación inmensa que gobiernos y pueblos en su honor realizaban, y concluyó presentando á la sociedad contemporánea como una pirámide colosal cuya base mal cimentada eran los ejércitos innumerables que arruinan á las naciones, cuyo cuerpo estaba compaginado por ideas, sentimientos, escuelas, instituciones, aspiraciones antagónicas, y en cuya cúspide se sentaba rodeado de gloria y de prestigio León XIII, marcando con su cetro de Rey y con su cayado de Pastor el camino que deben seguir los pueblos modernos para hallar la estabilidad y la grandeza y el bienestar por que suspiran.

Terminó la sesión, que había empezado á las cuatro de la tarde, á las siete menos cuarto.

El Vicesecretario,

*Barcelona 21 Febrero de 1893*

SANTIAGO COMAS.

### CONVOCATORIA

Se replica á los Señores Académicos de Número y Supernumerarios la asistencia á la sesión privada que, conforme al Reglamento, debe celebrarse el próximo Domingo día 5 de Marzo, en la que continuará la discusión pendiente.

El domingo día 12 de Marzo, celebrará la Academia sesión pública, en cumplimiento del art. 64 del Reglamento.

El Secretario,

*Barcelona 28 de Febrero de 1893.*

JOSÉ M.<sup>a</sup> DE OLALDE.

## LEON XIII Y LA POLÍTICA CONTEMPORÁNEA

Discurso leído en la sesión solemne del día 19 de Febrero de 1893.

POR EL ACADÉMICO

D. ALEJANDRO TORNERO DE MARTIRENA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Pocas veces me he sentido tan emocionado como en estos instantes. Y esta emoción, mezcla de alegría y de tristeza, se explica fácilmente: de alegría, porque veo al fin colgada de mis hombros la medalla de Académico de Número que tanto me enaltece, y de tristeza y confusión, porque al comparar mi insignificancia con los méritos que sin distinción os adornan, comprendo sin ningún esfuerzo la imposibilidad de cumplir bien las obligaciones que la medalla impone, y me apena la íntima persuasión de quedar siempre rezagado, envidiando vuestros triunfos y vuestras alegrías.

Sobrado honor era para mí permanecer soldado de última fila, y yo que he aquilatado la escasa valía de mis dotes, y por ende, la insuficiencia para sentarme entre vosotros, jamás, señores, hubiera solicitado distinción tan honrosa, no vislumbrando en el cielo de mis esperanzas ni el más remoto mérito. Pero vosotros, sin tener en cuenta nada de esto y dándome una prueba más de consideración y cariño, me obligasteis á aceptar lo que no merezco, y por eso mi alegría y satisfacción son inmensas, alegría y satisfacción que aún aumentan cuando como en estos momentos recuerdo las circunstancias en que fui admitido en la Academia.

Hace un año que por decreto del que todo lo puede, abandoné el hogar paterno dejando allí, tal vez para siempre, los recuerdos de la infancia, los amigos, y parientes y á aquel por quien mi corazón destila sangre y lágrimas, y mi alma más que mi cuerpo viste luto; y al llegar á esta Ciudad, emporio de la civilización moderna, tuve la inefable dicha de encontrar á uno de mis antiguos profesores, el R. P. José Sin, que me habia visto crecer y que sabía el entusiasmo que yo siento por todo lo que á la Escuela Pía se refiere. Con la amabilidad que caracteriza á mi querido maestro me habló de la Academia Calasancia, dirigida en aquel entonces, lo mismo que ahora, por un Escolapio cuyo nombre siempre habia escuchado envuelto en alabanzas á su virtud y á su sabiduría, y dándome una prueba más de estimación me invitó para ingresar en ella.

Y yo que amo á la Escuela Pía como el que más de sus discípulos, yo que he tenido la dicha de recorrer y besar los lugares santificados en Peralta por su insigne Fundador, yo que si algo bueno sé lo he aprendido de los labios de sus hijos y que tantas muestras de cariño y de consuelo les adeudo en éste mundo, acogí con júbilo la invitación que me dirigia; ser académico de la Calasancia era para mí un placer de esos que no tienen pareja. Iba á continuar estrechamente unido á la Escuela Pía, iba en cierto modo á volver á sus antiguas costumbres y á recordar uno por uno todos los días más felices de mi existencia, é iba á encontrar entre vosotros los buenos amigos que había perdido.

Y no hubo necesidad de más. Vuestro Director primero y más tarde vosotros me abristeis los brazos y á ellos me arrojé presuroso, sin reflexionar un momento si era digno de merced tan grande. Y desde aquel instante vuestras atenciones para conmigo se sucedieron sin interrupción, y el que poco ha se encontraba huérfano de amistades, encontró mejores amigos que los que dejaba tal vez para siempre.

Y no sólo esto, señores. Si la vida del hombre se explica muchas veces por las primeras impresiones que recibió en su juventud, la influencia que puede tener un hallazgo semejante en el destino de una alma es incalculable.

Pueden sembrarse en el corazón de un niño sentimientos buenos, precursores de acciones laudatorias; pueden estos mismos sentimientos conservarse al calor de la familia bajo la vigilancia de un padre celoso y las caricias de una madre ejemplar; pero cuando el joven empieza á querer sacudir el yugo paterno, cuando entra en la edad en que ni es niño ni hombre, con la inexperiencia del primero y las pasiones del segundo, peligrá muchísimo la cosecha de la buena semilla que sembraron sus maestros y que con tanto cariño y esmero cuidaron sus padres, y más aún, si en el curso de su carrera literaria tropieza con profesores indignos de la toga que visten.

A contrarrestar esto, si fuera preciso, ó á procurar el aumento de las virtudes debió su fundación esta Academia. Por eso, nuestra alegría ha de ser inmensa, señores Académicos, ya que al entrar en el mundo desierto de verdaderos amigos y ver caer marchitas las ilusiones que de él habíamos formado, como el abatanado caminante de los desiertos, que creyendo descubrir en lontananza espléndido y florido lago que apague su sed y le preste sombra, nota que desaparece tragado por la arena, hemos tenido la dicha de cobijarnos en este oasis saturado de los aromas que despiden la virtud y la laboriosidad.

No dudeis, pues, que mi gratitud para con vosotros ha de ser eterna. Pluguiera á Dios que en lugar de mi insuficiencia pudiera ofrecer algo bueno, que todo entero sería para esta Academia que, merced á vuestros esfuerzos y á la sabia dirección

del que la rige, ha llegado á ser, y lo digo con orgullo, el primer centro de su clase, en Barcelona.

Y para probaros que vuestra galanteria no ha caído en tierra ingrata, pagaré fineza tan delicada hasta donde esté á mi alcance, sometiendo á vuestro examen y al de la distinguida concurrencia que me escucha, un trabajo en armonía con la fiesta que hoy celebra el mundo católico, y de una manera especialísima esta Academia, objeto desde sus comienzos de la paternal predilección de León XIII, á quien os presentaré en sus relaciones con la política contemporánea.

El tema es digno de vuestra notoria erudición y elevada cultura, es de actualidad, pero como todos, ofrece un camino poco accesible á mi costosa concepción y tosco y obscuro exponer. Mas tengo la seguridad de que recibireis con marcadas muestras de aprobación y cariño mi desaliñado trabajo, que no en balde la indulgencia es patrimonio de los ilustrados.

\*  
\* \*

Está visto que la época actual ha de ir burlando todos los cálculos y previsiones humanas. Cuando las instituciones parecen mejor cimentadas por apoyarse en una sucesión de hechos que prueban su bondad, ó que al menos aseguran su existencia, en razón de los intereses que á su alrededor han creado, caen al soplo de una contrariedad insignificante en su origen, é imprevista en éste y en sus resultados, y desaparecen las obras de los siglos en la lucha de un día. Cualquiera diría que nos hallamos en uno de esos períodos críticos que nos muestra la historia, en los cuales se han renovado la humanidad y el mundo, despojándose de repente de sus antiguos hábitos y de todos sus antecedentes como de un ropaje ya usado, para abrazar hábitos nuevos y consumir en un breve período la gran renovación que en otro caso sería el resultado lento y razonado de los siglos.

Todo está conmovido y amenazado; parece que vamos á entrar en una edad desconocida, y que antes de entreverla hemos de abandonar todo cuanto había constituido la vida social y la vida íntima de las naciones. Para los entendimientos reflexivos ya no hay ninguna duda, que el movimiento que agita el mundo es un movimiento providencial, que ha de conducir á la humanidad á un perfeccionamiento notable en su condición moral y material, pasando antes, como es consiguiente, por los dolorosos vaivenes inherentes á todas las grandes transiciones. En estos vaivenes quizá desaparecerán instituciones y creaciones humanas que han sido hasta ahora la vida y todo el ser de las sociedades pasadas: ¡dichosos los que vengan después de la gran renovación, y encuentren ya sólidamente constituido el

nuevo orden que debe surgir naturalmente de las luchas que consigo importan siempre las transformaciones sociales.

Pero al pensar en ellas y resignarse á ver desaparecer grandes monumentos de la ciencia del hombre, la imaginación se pregunta sobresaltada: ¿Desaparecerá también en el general naufragio esa institución que las domina todas, que ha salvado tantos peligros y que ha quedado sola en pie después de tantas hecatombes? El Pontificado Romano, tan combatido por la filosofía del siglo pasado, y tan amenazado en los días presentes, á pesar de ser saludado siempre como el arca de salvación para todos, ¿ha de desaparecer también en medio del cataclismo que nos amenaza?

No: nosotros lo creemos firmemente, y aparte de las divinas promesas, nos fundamos en las condiciones de su existencia y en su significación en el mundo.

Todos sin distinción convienen en que la sociedad y la civilización de las generaciones actuales son hijas del Cristianismo, y que es imposible que una y otra pudieran existir si les faltara su influencia, si no estuvieran vivificadas por su acción. Y ¿cómo se concibe el Cristianismo sin el Pontificado? Siempre que se los ha querido separar, ha quedado el primero tan desconocido, que no han podido reconocerlo sus más ardientes partidarios. El Pontificado es el principio esencial de la unidad del Cristianismo, y esta condición está tan á la vista que se extiende hasta á la vida exterior de la sociedad. Por consiguiente, si ha de haber Cristianismo, no puede dejar de existir el Pontificado romano, y, aún hablando humanamente, por grandes que sean los cambios y las borrascas políticas y sociales de los imperios, el Pontificado quedará siempre inmóvil, y sin ninguna alteración esencial en sus elementos constitutivos.

Para haceros participar de esta opinión, bastárame, señores, poner á vuestra vista lo que esta sublime institución ha sido en todos los tiempos y lo que es en el presente, atendido el espíritu que la anima. Bastárame probaros que el Pontificado no solamente ha conservado á la Iglesia en medio de los grandes reveses de la tierra, si que también ha constituido todos los Estados cristianos, y que lo mismo la república que la monarquía y todo lo que existe en Europa, es hijo suyo, ya que siempre ha obrado según las conveniencias especiales de cada región y de cada siglo. Bastárame demostraros que él fué quien hizo al Cristianismo práctico, no solamente para los individuos, sino para los pueblos; que él fué quien sacó al hombre de su humillación exterior, después que el Cristianismo lo había librado de su degradación moral; que él se interpuso siempre entre los esclavos y opresores, siendo el único poder capaz de oponer un dique á las pasiones de los príncipes, y el único que reprimió la licencia de las costumbres é hizo temblar al vicio triunfante; que él fué

quien levantó el inexpugnable baluarte, contra el cual se hicieron al fin pedazos las espadas de los hijos de Mahoma; que él creó los reinos modernos y consagró casi todas sus dinastías; que él fijó los límites de los imperios, puso coto á las usurpaciones, protegió el derecho público, é hizo triunfar en todo el mundo cristiano ó civilizado los dogmas políticos que sirven de base á la sociedad; que él fué quien creó en todas partes esos cuerpos de enseñanza á cuyo regazo corrían las generaciones en masa; que á él se debe la nueva y brillante dirección de las bellas artes, una de las páginas más hermosas de la historia de los Papas y que no han logrado borrar los esfuerzos y las conjuras de todos los destructores de Roma; y que estudiando á la humanidad desde la aparición del cristianismo siempre se vé al Pontificado ostentar su genio protector, inspirando en todas acasiones cosas admirables y dignas.

Pero no es esta la ocasión más oportuna para demostraros lo que ningún católico debe ignorar, y además no podría hacerlo sin grave ofensa á vuestro talento y sentimientos religiosos.

Mi deseo es hablaros en esta tarde de nuestro Santísimo Padre León XIII, la figura más saliente del mundo contemporáneo y á quien sin distinción aclaman en este día todos los pueblos de la tierra, celebrando con entusiasmo el quincuagésimo aniversario de su consagración episcopal. Pero como la escasez de mis fuerzas supera en mucho á mis buenos deseos, no intentaré presentároslo en los diferentes aspectos bajo los cuales se le puede considerar, y si sólo fijaré mi atención en probaros la justicia de la importancia que le conceden las naciones todas, nombrándole árbitro en sus cuestiones internacionales unas veces, ó cambiando de proyectos á la menor indicación del Santo Padre, aún á despecho de los que quisieran que el Papa no fuese más que un simple sacerdote relegado de la sacristia de algún Convento.

\* \* \*

Cuando el Pontificado, de resultas de una donación política que consagró su existencia exterior, empezó á encontrarse naturalmente mezclado en todos los conflictos de las naciones, su acción empezó á ser más regular, y su misión más completa, y reyes y súbditos y príncipes y ciudadanos y grandes y pequeños, todos acudían á aquel supremo poder como á la única regla de soberana equidad. El Pontificado contuvo entonces muchas veces á la sociedad que amenazaba hundirse en la anarquía; el Pontificado trabajando y combatiendo por los pueblos reprimió los excesos de emperadores ambiciosos, apareciendo siempre en medio de los conflictos populares, para ungir la frente de las familias que estaban llamadas á encargarse de la sociedad abandonada y á conducirla por las vías del bien y

á asegurar de este modo la paz pública y la sucesión de las nacionalidades. Durante los siglos de confusión, el Pontificado fué el único poder que no desapareció ni se alteró jamás, y como si el tiempo le obedeciese por una larga serie de siglos, los sucesos más colosales de la historia le deben su existencia y dirección, siendo un resultado positivo que él ha formado la política de las nuevas edades en lo que tiene de principios universales, aplicables á todos los Estados y á todas las transformaciones exteriores de gobierno.

Muy fácil sería demostrar que no hubiera el Pontificado hecho todas las grandes cosas que nos dice la historia, si no hubiese tenido en el centro de los Estados de Europa esa existencia distinta é independiente que se le ha quitado, para hacerlo, según se dice, más evangélico. Cuando verificada la unidad espiritual, primera misión del Pontificado, el mundo mostró tendencias hacia nuevas constituciones de Estado, fué ciertamente preciso que se levantase un gran poder moral en medio de los pueblos para dirigirlos con la palabra, y que este poder estuviese dotado, como los demás, de una constitución exterior, peculiar suya, para dar á su intervención todo el prestigio necesario. Examinando esto con imparcialidad, se ve que no hay sobre la tierra ningún poder político más legítimo que el poder temporal de los Papas, ya que es el único cuyo origen está cimentado en una especie de necesidad general de la humanidad.

Insensiblemente nos hemos ido alejando de nuestro propósito; pero esta separación no es más que aparente. Teniendo que hablar de lo que es el Pontificado en el día y del papel que le está reservado para el porvenir, la natural tendencia del asunto nos ha llevado á su apología histórica, para que de este trabajo surgieran necesariamente consecuencias importantes, cuya luz es tan preciosa en nuestros días en que los novadores y desafectos á la Iglesia católica, torturando la historia y apoyándose en supuestos extravíos de los tiempos pasados, quieren que se suprima una autoridad, que á pesar de haber sido la única reguladora y salvadora del mundo en edades no lejanas, pretenden presentarla, si no como funesta y tiránica, á lo menos como inútil y embarazosa en las presentes.

Imposible hablaros de la influencia política del actual Pontífice sin examinar la legitimidad del derecho en que radica esta intervención, sin poner de manifiesto su naturaleza y objeto y la sanción que le han prestado los siglos. Y para demostraros ésto me he visto precisado á correr á pasos de gigante, sin relatar siquiera los beneficios á esta sabia intervención debidos, cuando los Papas ejercían el poder temporal tan necesario para el cumplimiento de su misión.

Hoy, señores míos, la situación de la Iglesia es más triste; el odio sectario de las logias masónicas que rodean á León XIII

amenaza ahogarle; sin disimular sus intenciones y con diabólica jactancia han declarado que su deseo es que desaparezca el Pontificado, y ora valiéndose de la prensa impía para desacreditar lo más sagrado de la tierra, ora empleando medios de dulce apariencia y de fondo envenenado, ó ultrajando sin pudor y abiertamente y de palabra y de obra á los que lloran la situación del Pontífice, han hecho exclamar á nuestro amantísimo Padre en un momento de amargura y desconsuelo: ¡Preciso es que subamos al Calvario! La masonería ha jurado guerra eterna al Jefe de la Iglesia, y por boca del Gobierno italiano ha dicho que no consentirá que el Pontífice se presente como Soberano. Mas, nada más lejos de mi ánimo que relataros todas las infamias que acumulan en torno del Pontífice para amargar su existencia los enemigos de la Roma católica; hoy es día de júbilo para los buenos católicos, y no he de ser yo quien os apene con tristes recuerdos; pero no he podido prescindir de presentaros en boceto la angustiosa situación por que pasa la Santa Sede, para haceros notar más lo sobrenatural de esta institución que, no obstante encontrarse tan combatida, la vemos consultada por todo el mundo en aquellas cuestiones que más interesan á los pueblos. Porque es de notar, que desde que el sabio y santo León XIII ciñó la corona de inmortal destino, prisionero y todo, ha amaestrado á los Soberanos, ha dado lecciones á los más grandes poderes de la tierra, y sus decisiones y advertencias han sido acogidas como las únicas salvadoras. Desde los comienzos de su glorioso y excepcional pontificado, le vemos obligando á Emperadores y Presidentes á que reformen las opresiones de los católicos en sus Estados, entablado activas negociaciones diplomáticas con las naciones separadas de su seno, exigiendo del emperador de China su protección en favor de los cristianos perseguidos, condenando con firmeza los horribles atentados del Reino Unido, clamando contra los ejércitos permanentes y demostrando los gravísimos males que éstos y las guerras modernas imponen, despejando enmarañados horizontes políticos, salvando con sus consejos Estados amenazados de pronto desmoronamiento, indicando para el poder de las naciones los hombres á propósito, demoliendo viejas y rancias teorías que hacen la infelicidad de los pueblos, aconsejando la paz, la legalidad y la justicia, clamando contra las violencias y desenmascarando con valentía y sin distinguos á los que abusando de su posición oficial explotan á sus conciudadanos, trazando caminos y nuevos derroteros para conseguir la única restauración social, política y religiosa que puede salvar á la moderna sociedad, y haciendo, gracias á su política sin ejemplar, que la esperanza renazca hasta en las naciones menos afectas al Vaticano.

Podría alargar con muchísimas páginas este ya largo discurso, citándoos algunos de los muchos beneficios que las naciones

modernas adeudan á León XIII; pero con sentimiento me veo obligado á pasar por alto casi todos, para fijar vuestra atención en dos hechos, suficientes por sí solos para demostrar la gran significación que conceden á ese Rey con sotana todos los poderes de la tierra y la gran sabiduría que preside á todos sus actos.

\*  
\*  
\*

Hace pocos años las pretensiones de un Imperio poderoso excitaron extraordinariamente el patriotismo de los españoles tantas veces puesto á prueba. Violados los derechos de nuestra patria, el corazón de los descendientes de Pelayo y de Isabel la Católica palpitó al calor de un solo sentimiento, y lo mismo en la Capital de primer orden que en la aldea más insignificante se levantaron unánimes protestas al grito vigoroso de «*Viva España*,» é imponentes manifestaciones donde se vieron confundidos al sacerdote con el seglar y al pueblo presidido por sus vicarios, como en aquellas edades cristianas en que el sentimiento de la fe iba constantemente unido con el de la patria, probaron que no se había extinguido aún la noble raza de héroes y tipos legendarios que la immortalizan.

Hablo de las Carolinas, ese puñado de rocas que nunca dieron utilidad á España, pero que al estar bajo su protectorado formaban parte de su nacionalidad y de su bandera, motivo suficiente para no tolerar que fuesen alemanas. Pasada aquella explosión natural del sentimiento patrio ultrajado, el conflicto empezó á estudiarse con la cabeza, y deponiendo sus disputas, y olvidando todos los partidos sus divisiones intestinas, se aprestaron, fijos en un mismo deseo, á trabajar en defensa de nuestra honra.

No intentaré recordaros los trámites por que pasó cuestión tan importante para España, ya que todos los recordareis perfectamente, ni las consideraciones que surgieron en aquel entonces entre los proyectos y discursos de nuestros hombres políticos. Tan sólo os diré que llegó un momento en que, vista la imposibilidad de concertarse por sí solas España y Alemania, emitió la Cancillería del Imperio la idea de un arbitraje; que ésta fué rechazada por el Gobierno español, sin que sus protestas lograran penetrar al acorazado sistema de los alemanes, quienes persistían en la idea de recurrir á un medianero; que pronto empezaron á correr por la prensa candidaturas de Potencias para desempeñar en su día tan honrosa como difícil misión, cuando de improviso suena un nombre, el más respetable entre los respetabilísimos, el de León XIII, indicado para resolver el conflicto hispano-alemán.

Nuestro pueblo católico aplaudió con emoción el Candidato, y el gozo rebozó en nuestras almas al ver consultado por la flor

de la diplomacia al hombre que más admira este siglo, que no puede menos de reconocer las altas cualidades que le adornan. El homenaje tributado al Pontífice por su acertada y justa resolución todavía resuena en Europa, y los hombres de buen sentido se felicitaron al ver el maravilloso resultado del árbitro designado, no sólo por nuestra católica España, si que también por el más poderoso imperio protestante. Desde aquel día, la figura de León XIII se agigantó extraordinariamente, y los pensadores profundos y los Jefes de Gobierno, notaron la imposibilidad de llevar á cabo sus empresas descartando á tan hábil político.

¿Quereis ver una nueva prueba de la influencia de León XIII, en la política contemporánea? Pues escuchad. Ninguno de vosotros habrá dejado de percibir los rumores siniestros que turban en los días actuales el sosiego europeo. Los tramadores de la cacareada *triple alianza* juzgando insostenible el actual estado de cosas, han lanzado á los cuatro vientos noticias de una pronta é inevitable guerra Europea. Nadie pone en duda que el conflicto llama á la puerta, y León XIII que ha comprendido perfectamente y desde los primeros momentos que el Pontificado, que ninguna participación ha tenido en los odios y ambiciones de los Estados, ha de ser la víctima cuando estalle esta guerra, ha procurado con su política debilitar de un modo progresivo el poder de la *triple alianza*. No ha dejado de ver ni un solo día que la misión de ella es antipontificia, ya que la posesión de Roma por el gobierno de Italia y la desaparición del Vaticano, es el principal objeto de las logias masónicas que entran en ella, y merced á sus trabajos constantes, asimismo lo han entendido los católicos de Austria y Alemania, al afirmar que no pueden intentar una acción nacional contraria á los intereses católicos. Y, buena prueba de ello es el reciente acto de Guillermo II, buscando la benevolencia del Papa para la aprobación de un proyecto de reforma militar, contrario á las aspiraciones del Centro católico preponderante en Alemania, y que ha dado ocasión para que los periódicos y las agencias telegráficas inventaran inteligencias entre la *triple alianza* y la *cuestión romana*, que aún de resultar falsas serán comprobación de la gran importancia que reviste la política del Vaticano.

¿Os hablaré del triunfo más hermoso de la política de León XIII, gracias á la cual se está operando en Francia una reacción salvadora por haber aceptado las bases propuestas por el Vaticano? ¿Os recordaré que hasta los países cismáticos, como Rusia, Grecia, Bulgaria, se aproximan á la Santa Sede ofuscados por su talento y sabiduría, y que naciones tan importantes como Inglaterra y Hungría muestran su adhesión, buscando apoyos y retirando proposiciones de leyes que pueden indisponerles con Roma? ¿Os diré algo, en fin, del entusiasmo con que los Estados Unidos han recibido la creación del Legado pontificio,

y del afán con que todos los Soberanos se esfuerzan en llenar por medio del consorcio con la Iglesia el vacío en que inútilmente se agitan?.. No, señores, que no acabaría en toda la tarde y comprendo que hartó he abusado de vuestra indulgencia, y no quiero tampoco privaros por más tiempo de lo mucho bueno que os han de decir mis compañeros; pero antes de descender de este sitio, permitidme que os afirme que la existencia política del Pontificado, sean cualesquiera los vaivenes por que ha de pasar, y las borrascas que le esperen, está asegurada, y que su esplendor futuro será sin duda más visible y estimado aún que el que despiden las brillantes páginas de su historia.

Tal vez pase por mayores pruebas que las sufridas hasta el presente; tal vez se cumplan las profecias de un sabio maestro nuestro, que teme que la Santa Sede ha de sufrir la más sacrilega de las profanaciones, pero no temais, señores, que aunque llegue á tambalearse al soplo de los malditos vientos, pronto le vereis otra vez firme y dispuesto á nuevos empujes, así como cuando en los desiertos de la Libia, lanza el huracán los remolinos de arena muy por encima de las palmeras, destruyendo lo que encuentra al paso, para que al llegar la calma y tornar la arena á su sitio, el árbol inmutable del desierto siga meciendo al viento su lozana copa.

No, no temais que desaparezca el Pontificado. Pasarán los siglos, se deslizarán los tiempos, se cambiarán las dinastías, se modificarán las relaciones, morirán los hombres aún los que se creían más necesarios, y el Pontificado, en virtud de las promesas de Dios, seguirá extendiendo sus raíces por toda la tierra conocida y tocando al cielo con su ramaje perfumado.

No, no morirá el Pontificado por viejo, como auguró el siglo pasado uno de los más célebres escépticos. Las obras del cielo se perpetúan y siempre son jóvenes; lo que muere son las obras del hombre por grandes y poderosas que parezcan. ¿Qué se han hecho aquella famosa Tebas con sus cien puertas, y la orgullosa Babilonia con sus altivos monarcas, y la imponderable Jerusalén, cuyas maravillas admiraban todos los pueblos de la tierra?.. El inflexible genio de la destrucción ha devorado sus obras, y de esa presa que arrebató en su rápido vuelo y llevó al seno de la eternidad, solamente dejó funestos despojos, restos desparrramados, piedras carcomidas, tumbas sin nombre... ¡Ruinas! Huellas medio borradas y que señalan el tránsito de las generaciones, como un nido solitario nos indica la ausencia de un pajarillo, y una cruz rodeada de flores, la tumba de un cristiano. Lecciones de historia, porque son como una página medio rasgada que dice algo y deja mucho que adivinar, y desengaño espantoso para el insensato que ambiciona grandeza, y dulce presentimiento de una vida inmortal para el hombre meditabundo y religioso.

Pero la Roma de León XIII tiene una gran significación en lo pasado, una importancia social en el presente y es una esperanza infalible para el porvenir. La Roma de León XIII vive en el respeto de todos los pueblos, y extiende su influencia por todo el globo. Lo diremos sin rodeos. La Roma de León XIII significa hoy más que nunca, mas que en tiempo de Augusto, cuando era señora del mundo; más que en tiempo de San Gregorio VII, cuando era la maestra del derecho público y la defensora de los pueblos oprimidos por los tiranos; más que en tiempo de León X, cuando luchaba con una mano contra el protestantismo y levantaba con otra monumentos eternos á las bellas artes.

En Roma, pues, se deben fundar nuestras esperanzas; á la Roma de León XIII se han de dirigir, señores Académicos, nuestras miradas y enajenados hoy más que nunca, hemos de exclamar con el gran Bossuet: *¡Si yo me olvidara de tí, oh descendiente de Pedro, que se olvide de mí mi mano derecha; y que se pegue al paladar mi lengua si no me acordare en todo y siempre de tí!*

Ojalá me fuera dado llegar en estos instantes á la Ciudad Eterna. Presuroso acudiría al Vaticano, y arrojándome á los pies del Padre Santo, después de besar sus sandalias y sus huellas, y si la emoción me lo permitía, yo gritaría con voz potente para que se oyera entre toda la confusión: Santísimo Padre, la ACADEMIA CALASANCIA, hoy más que nunca os felicita con todas las veras de su alma, como siempre estará á vuestro lado, y ojalá tuviera fuerza suficiente para arrancar las cadenas que os oprimen, que no cejaría un momento en su empeño, y tendría por dicha inefable morir en tan santa obra, gritando ¡Viva León XIII!

HE DICHO.

A. M. D. G.

## LEÓN XIII Y LA POLÍTICA INTERIOR DE LOS ESTADOS

*Discurso pronunciado en la sesión celebrada el día 19 de Febrero de 1893*

*por el Vicepresidente DR. D. RAFAEL MARSÁ Y DRAPER.*

SEÑORES:

Existe sobre la tierra una Sociedad admirable, nacida allá en el Gólgota de la sangre de un Dios, y cuyo fin es elevar á los hombres al seno de la Divinidad. Extasiado ante ella un profeta la saludaba diciendo: «Las naciones de la tierra te seguirán por la senda de tus resplandores y los monarcas saludarán el brillo de tu cara. Las familias todas entrarán en la Sociedad que formará Dios, y las generaciones venideras tuyas serán.—Sobrepujará

este reino á todos los reinos y se extenderá de mar á mar y desde Oriente hasta el lecho del Sol.»

Pues bien; esa Sociedad la más grande y perfecta de las sociedades, tiene como todas ellas un centro de unidad, una autoridad suprema, eminentísimamente superior á cuantas autoridades y poderes existen sobre la faz de la tierra, y se halla personificada en El que es roca incommovible, y centro maravilloso de la Iglesia Católica.

Yo te saludo admirable institución del Pontificado; tú cuentas tus triunfos y tus glorias por el número de días de tu existencia: sagrado piloto que puesta la vista en la Divinidad aprendes en sus insondables arcanos á gobernar y dirigir por rumbo certero la navecilla de la Iglesia, yo me descubro ante tu figura veneranda que llenan de majestad veinte siglos de existencia: y ante las persecuciones que nuestra sacrosanta Religión sufre, yo no pierdo un solo momento la esperanza de victoria, mientras resplandezca el brillante faro de tu gobierno y sabiduría, pues los siglos me confirman lo que la fe me enseña: que jamás prevalecerán contra tí los furios de los que te persiguen. Fijad luego vuestra consideración en los tiempos actuales, con su degeneración moral en las costumbres, con su preponderante odio á la Iglesia fomentado por esa hidra de siete cabezas que se llama Revolución, monstruo surgido del abismo que con rabiosa furia la acomete y pretende arrojarla de en medio de la humanidad, descristianizando los continentes, las naciones, los poderes y las masas populares: y yo no dudo de que habreis de convenir, en que para la dirección suprema de la Iglesia es necesario un hombre que reúna las más peregrinas cualidades en eminentísimo grado perfectas; es necesario que ocupe el Solio Pontificio un hombre de fe viva y de inteligencia luminosa: es necesario que ocupe el Solio Pontificio un hombre de virtud acrisolada y de vasta ciencia: es necesario que ocupe el Solio Pontificio un hombre de sabia y cristiana diplomacia, de mirada penetrante y de firmeza inquebrantable: es necesario que ocupe, en fin, el Solio Pontificio para bien de la Iglesia un León XIII: y ahí le teneis: aun cuando no hubiese reunido su augusta persona tan eximias cualidades, Dios se las hubiera dado desde el punto en que han sido convenientes para el bien de su Iglesia. Si quereis conocer la profundidad de su ciencia, recordad que él es el restaurador de la áurea doctrina del Rey de las ciencias Sto. Tomás de Aquino: si anhelais medir su sabiduría como diplomático, contempladle admirado por sus mismos adversarios, y admirad vosotros cuánto ha variado la situación de la Iglesia en el orden internacional de pocos años á esta parte; si preferis indagar su sabia política en punto á la cuestión social, descubrid vuestra cabeza ante el Autor de ese monumento de cristiana sabiduría, que se llama la Encíclica *Rerum Novarum*; que también emperadores

como el de Alemania, le han saludado como Maestro cuando en esa cuestión han querido ocuparse; y si quereis, en fin, sondear la alteza de esa misma sabiduría en punto á la restauración cristiana de los Estados y camino que deben seguir los católicos para alcanzarla, leed y meditaad profundamente las admirables Enciclicas, *Diuturnum Arcanum*, *Immortale Dei*, *Libertas*, *Sapientie Christianæ*, *Cum Multa*, é *Inter Sollicitudines*, que yo encargado de presentaros la figura de León XIII, me siento sin valor ni ánimo para salirle al encuentro y ofrecerle el homenaje de mi palabra: me limitaré á recordaros fiel y sencillamente los principales puntos de doctrina en esos documentos contenida: así quizás obtendremos vosotros y yo algún provecho de este breve rato en que voy á molestar vuestra atención: decidrnos una vez más á seguir puntualmente tan sabias enseñanzas.

Recordad, Señores, á León XIII presentándonos el verdadero ideal de un Estado cristiano. Comienza fijando el Sumo Pontífice cuáles deben ser las relaciones que deben guardar los Soberanos con sus súbditos y éstos con sus Soberanos.

Cualquiera que sea la forma que la autoridad revista, dice, los jefes ó príncipes del Estado deben poner la mira totalmente en Dios, y proponérsele como ejemplar y ley en el administrar la república. Y nótese la profundísima manera cómo esplica esta teoría, porque, dice León XIII, así como en el mundo visible Dios ha creado causas segundas que dan á su manera claro conocimiento de la naturaleza y acción divinas y concurren á realizar el fin para el cual es movida y se actúa esta gran máquina del orbe, así también ha querido Dios que en la sociedad civil hubiese una autoridad principal, cuyos gerentes reflejasen, en cierta manera, la imagen de la potestad y providencia divinas sobre el linaje humano. De ahí deduce luego S. S.: 1.º que ha de ser el mandato é imperio que ejercen los gobernantes justo y en cierta manera paternal, porque el poder justísimo que Dios tiene sobre los hombres está también unido con su bondad de Padre; y 2.º que la autoridad ha de ejercitarse en provecho de los ciudadanos y nunca bajo ningún pretexto se ha de concretar al servicio y comodidad de unos pocos ó de uno solo. Por parte de los súbditos asienta el deber de éstos de prestar reverencia honrosa á los gobernantes guardándoles fe y lealtad, á la manera que un hijo piadoso se goza en honrar y obedecer á sus padres. Recuerda á este efecto los textos de la Epístola á los Romanos en que el Apóstol dice que toda alma está sometida á las potestades superiores; y que el que resiste á la potestad resiste á la ordenación de Dios, y los que le resisten ellos mismos atraen á sí la condenación; de donde acaba por deducir que el quebrantar la obediencia á la autoridad y acudir á la sedición, sublevando á las muchedumbres, es crimen de lesa majestad no solamente humana sino divina.

— Entra luego León XIII en la exposición de los deberes de la sociedad así fundada y constituida. El primero que le asigna es el de cumplir por medio del culto público las relevantes obligaciones que le unen con Dios. Oid las razones sapientísimas en que funda este deber. Así como la razón y la naturaleza manda á cada uno de los hombres dar culto á Dios, porque estamos bajo de su poder y de El hemos salido y á El hemos de volver, así también está la sociedad civil obligada á dar gracias al Supremo Hacedor que la formó y compaginó, que pródigo la conserva y benéfico le prodiga innumerable copia de dádivas y afluencia de haberes inestimables. Y atended, señores, á las consecuencias que de este argumento deduce el sabio Pontífice: si pues no es lícito descuidar los propios deberes para con Dios, y el primero de éstos es profesar de palabra y de obra, no la religión que á cada uno acomoda, sino la que Dios manda y consta por argumentos ciertos é irrecusables ser la única verdadera, de la misma suerte no pueden las sociedades políticas obrar en conciencia como si Dios no existiera, ni volver la espalda á la Religión, como si les fuese extraña: ni mirarla con esquivéz ni desdén como inútil y embarazosa: ni, en fin, otorgar indiferentemente carta de vecindad á los varios cultos; sino que tiene el Estado político obligación de admitir y abiertamente profesar, aquella ley y prácticas del culto divino que el mismo Dios ha demostrado que quiere. Y, añade León XIII como aclaración de este punto, que cuando la Iglesia juzga no ser lícito el que las diversas clases ó formas del culto gocen del mismo derecho que competen á la Religión verdadera, no por eso condena á los encargados del Gobierno del Estado que, ya para conseguir algún bien importante, ya para cortar algún grave mal, toleran en la práctica la existencia de dichos cultos en el Estado.

Enumera todavía León XIII otros preceptos que deben guardarse para la acertada constitución de la sociedad, civil. Es necesario que la familia, molécula de aquella sociedad, logre su necesaria firmeza, por medio de la santidad del matrimonio uno é indisoluble. Las leyes que por el poder público se dictan deben enderezarse al bien común y no deben dejarse dictar por el voto apasionado de las muchedumbres (fáciles de seducir y arrastrar), sino por la verdad y la justicia. Deben considerarse además como obligatorias, la mutua caridad, la benignidad, la liberalidad, toda vez que el ciudadano y el cristiano son uno mismo, y así resultará de esto que todos los grandes bienes de que espontáneamente colma la religión cristiana la misma vida mortal de los hombres, todos quedarán asegurados para la comunidad y sociedad civil.

— Ante cuadro tan admirable de la constitución cristiana de los Estados, sólo cabe acudir presurosos los católicos á León XIII y pedir á su alta sabiduría camino recto y seguro para alcanzar

tan grandes bienes. Pero su solicitud paternal se nos ha adelantado y de sus Encíclicas brota espontáneamente ese plan de campaña que puede sintetizarse en los siguientes terminos.

Es preciso que en el orden interior de los Estados los católicos se unan en apretado haz, olvidando sus disensiones (políticas ó no) para atender de momento á lo más recio de la pelea entre el Catolicismo y la Revolución, y emplear en favor del primero todas sus fuerzas: es necesario además que al aprestarse al combate no se separen un momento los católicos de las voces de mando de sus Jefes inmediatos, que son los Obispos, á los cuales deben estrechísima obediencia, la cual no pueden quebrantar sin menoscabo de la disciplina y con ello de la sagrada causa que defienden: es necesario además que partan ante todo del terreno de la hipótesis, aceptando y acatando con toda sinceridad los poderes constituidos, aun cuando sean acatólicos, respetándoles en cuanto son poderes, como á representantes de Dios, y combatiéndoles en aquellos de sus actos que se oponen á lo que la ley de Dios prescribe y ordena.

El 1.º y principal de los deberes del católico en presencia de tales circunstancias, dice nuestro sapientísimo Papa, consiste en que entrando dentro de sí mismo y procurando con esquisita vigilancia conservar hondamente arraigada en su corazón la fe, profese ante todo el orbe, abiertamente, la doctrina católica y la propague según sus fuerzas.

Peró como 1.ª condición precisa é ineludible para el cumplimiento de este deber, es necesario que exista entre los católicos la unión de los ánimos y semejanza en el modo de obrar, para lo cual precisa la concordia de pareceres á la que ya el apóstol S. Pablo exhortaba á los corintios, al decirles encarecidamente: os ruego, hermanos míos, por el nombre de *Ntro. Señor Jesucristo*, que todos tengais un mismo lenguaje y que no haya entre vosotros cisma ni partido, antes bien vivais perfectamente unidos en un mismo pensar y un mismo sentir.

Y la 2.ª condición para el logro de este fin y necesaria también á su vez para que esa unión de los ánimos pueda existir, es la de que las voluntades todas estén enteramente sumisas á la Iglesia y al Romano Pontífice lo mismo que á Dios. Y no solamente es preciso que los católicos todos se hallen sumisos á la voz del Pontífice en lo que se refiere al dogma y en lo que se refiere á verdades enseñadas generalmente por la Iglesia, sino que deber es de los cristianos dejarse regir y gobernar por la autoridad y dirección de los Obispos y singularmente del Romano Pontífice.

Opónense en alto grado á que se cumplan estas dos condiciones precisas para el buen éxito de la propaganda católica las divisiones políticas. Respecto de éstas, el Sumo Pontífice expresaba ya su dictamen en la Encíclica «Cum Multa» dirigida á los católicos españoles. Muchos se engañan en dos clases de errores

opuestos en punto á las relaciones de lo religioso con lo civil. Apartar y separar por completo la política de la Religión es casi pretender que una nación sea constituida y gobernada sin tener cuenta con Dios, Criador y Señor de todas las cosas; pero mezclar y como identificar la Religión con un partido político, hasta el punto de tener poco menos que por separados del Catolicismo á los que pertenecen á otro partido, es introducir malamente esas fracciones políticas en el augusto campo de la Religión. Lo religioso y civil, añade León XIII, así como se diferencian por su género y naturaleza, así también es justo que se distingan en vuestro juicio y estimación. Siendo la Religión el mejor de los bienes, debe quedar salva en medio de los trastornos de las naciones, y los partidarios de distintos bandos políticos (cuyas parcialidades la Iglesia no condena sin embargo, con tal que no estén reñidas con la Religión y la justicia) deben ponerse de acuerdo en punto á salvar los intereses católicos de la nación, y á esta empresa deben aplicarse, si del nombre de católicos se precian, haciendo callar por un momento los pareceres diversos en punto á política.

Y León XIII ha dicho más todavía: profundizando y atendiendo con maduro examen á las causas originarias de estas divisiones entre los católicos, ha visto que las más hondas divisiones entre ellos provenían del distinto concepto que se habían formado de la posición en que debían colocarse, ó de la clase de relaciones que debían guardar respecto de los poderes constituidos, desde el momento en que deseaban emprender la defensa de los intereses de la Religión, y Su Santidad con prudentísimo acierto ha venido á señalar de una manera precisa y concreta cuáles deben ser estas relaciones, sentando ó mejor recordando la verdadera doctrina tradicional de la Iglesia en la Encíclica *Inter Sollicitudines* y en su carta á los cardenales franceses.

A este efecto ha recordado la doctrina revelada que enseña la obligación de obedecer y acatar á los poderes constituidos, cualquiera que haya sido el origen de su establecimiento. Ha recordado también con Pío VI que es dogma recibido en la Religión católica, que el establecimiento de los gobiernos es obra de la sabiduría divina, para impedir la anarquía y la confusión é impedir que los pueblos sean llevados de acá por allá como las olas del mar. Ha recordado, en fin, con S. Pablo, que no hay poder que no venga de Dios y que resistir á ese poder es resistir á los decretos de Dios mismo. Apartándose de las doctrinas que colocan en el pueblo la fuente inmediata de la autoridad civil, ya sea en virtud de un pacto social como quieren los liberales, ó como algunos católicos entienden, por disposición de Dios que ha hecho necesaria la sociedad y autoridad; entiende el sabio Pontífice que el pueblo, al designar á los jefes que han de regirlo no les confiere la autoridad, sino que únicamente determina las personas que han de quedar investidas del poder social, el cual

procede directamente de Dios; de tal suerte que para dirigirlo y ejercerlo no es precisamente indispensable que preceda un acto deliberado de la comunidad, sino que basta que de tal manera rueden los acontecimientos, que el orden social quede vinculado á la dominación de uno ó varios individuos, para que desde este instante, el poder ejercido en bien de la comunidad, quede de hecho legitimado por la sanción que le dan los acontecimientos predeterminados por la divina Providencia. De ahí proviene, añade León XIII, que la Iglesia guardadora de la más verdadera y elevada noción de la soberanía política, puesto que la deriva de Dios, ha reprobado siempre las doctrinas y ha condenado constantemente á los hombres rebeldes que se sublevan contra la legítima autoridad, y aún esto en los tiempos mismos en que los depositarios del poder abusaban contra ella. De ahí si se sigue también, que cuando en virtud de violentas crisis, que con frecuencia se suceden en las sociedades humanas, los gobiernos preexistentes desaparecen, domina la anarquía y en virtud de la necesidad social aparecen gobiernos nuevos, desde el punto y hora en que éstos se hallan constituidos, es obligación imprescindible aceptarlos y acatarlos, por que al fin y al cabo el cambio se ha limitado á la forma política, al modo de trasmisión ó á la persona que ejerce el poder, pero éste ha continuado siendo inmutable y digno de respeto; porque en toda hipótesis el poder civil considerado como tal es de Dios y siempre de Dios, *porque no hay poder sino de Dios*. Y es más, aun cuando tales cambios no sean legítimos en su origen, el criterio supremo del bien común y de la tranquilidad pública imponen la aceptación de esos nuevos gobiernos. Sea lo que fuere, añade León XIII, de esas transformaciones ordinarias en la vida de los pueblos, la conciencia y el honor reclaman en cualquiera situación una subordinación sincera á los Gobiernos constituidos: la exige este derecho soberano, indiscutible, inalienable que se llama la razón del bien social. Y nótese bien que León XIII no coloca el origen de la legitimidad en el mero hecho de ejercer dominación sobre su pueblo, sino que exige que el hecho sea consagrado por el aseguramiento del orden social, por que si este hecho implicara desorden constante, protestas continuas, perturbación moral, malestar social, esa situación de cosas no puede formar estado, y entonces ni puede ni debe obedecerse á tales perturbadores del orden.

De ahí se deduce precisamente la situación especial de los católicos con respecto al Poder Temporal del Papa, cuya usurpación no puede constituir estado por la perturbación constante en que ese hecho mantiene á la Italia y aún á todo el mundo católico.

León XIII resuelve finalmente una dificultad que en este punto se presenta. La nueva forma de gobierno constituido, tal Re-

pública ó Monarquía, se halla animado de sentimientos anticristianos: ¿cómo podrán aceptarla en conciencia los católicos? Tendreis resuelta la dificultad, os dice León XIII, con hacer sólo una sencilla distinción entre la legislación y poderes constituidos. Porque el poder viene de Dios: pero la legislación es obra de los hombres que se hallan investidos del poder y que de hecho gobiernan la nación: y de ahí se sigue que la calidad de las leyes depende más de los hombres que de la forma del poder, y por lo tanto, allí donde esos hombres pretenden combatir á la Religión, es preciso que los católicos en masa se apresten á la lucha: respeten á los poderes constituidos, pero ese respeto no envuelve, dice León XIII, el respeto ni mucho menos la obediencia á toda medida legislativa que promulguen. Así lo declaraba ya en elocuente razonamiento, dice el Papa, el gran Obispo de Hipona. «A las veces los poderes de la tierra son buenos y temerosos de Dios: otras no: Juliano' era un emperador infiel á Dios, apóstata, perverso, idólatra. Los soldados cristianos sirvieron á este emperador infiel: mas en cuanto se trataba de la causa de Jesucristo, sólo reconocían al que está en el cielo. Juliano mandaba honrar é incensar á los ídolos; los cristianos ponían á Dios sobre el príncipe. Pero si les decía: alistaos y marchad contra tal pueblo enemigo, al instante le obedecían. Distinguían el Señor Eterno del dueño temporal, y, sin embargo, en contemplación de Aquel se sometían á éste.»

Como consecuencia práctica de esta doctrina tiene aconsejado León XIII ya desde su encíclica *Immortale Dei*, que los católicos tomen parte en la administración pública exceptuando solamente aquellos países donde causas justas y gravísimas aconsejen abstenerse de su intervención. Porque si los católicos se están quietos y ociosos, dice, fácilmente se apoderarán de los asuntos públicos personas cuya manera de pensar puede no ofrecer grandes esperanzas de saludable gobierno; á este efecto nos recuerda la conducta de los cristianos en los primeros tiempos de la Iglesia, para que imitándolos, restauremos rápidamente, como ellos introdujeron por vez primera las costumbres cristianas en todos los órdenes de la vida social; único medio de evitar los males que amenazan á los individuos y á los pueblos.

Tal es el camino para la reconstitución cristiana en las sociedades: como hace siempre el verdadero genio, con alas de águila remóntase León XIII de un solo vuelo á la cumbre más elevada del problema, y desde allí descubriendo el camino más llano y más accesible, se dispone á guiarnos por él: nuestro deber es bien claro, acatarle y obedecerle, con obediencia de corazón y de inteligencia: cuando un ejército tiene por general á un héroe y á un genio, los soldados se arrojan á la lucha obedeciendo ciegamente la disciplina: y con esa obediencia y esa fe en las

órdenes de sus jefes alcanza el ejército completa victoria; y la confianza, señores, en nuestro general, en nuestro caudillo, en nuestro Rey, ha de ser todavía más grande, porque sabemos que sus inspiraciones las recibe directamente del espíritu de Dios, cuya asistencia le ha prometido Aquel cuyas promesas no pueden faltar. Y al contemplarle con la vista fija en el cielo, levantando sus manos en actitud de implorar la protección poderosísima de aquella Estrella del Mar, María, en la cual nos persuade á colocar nuestra esperanza en sus Encíclicas sobre el *Sto. Rosario*, no menos admirables que las en que trata las más profundas cuestiones políticas y sociales, mientras rodeado de la alegría de sus hijos y oyendo rebramar á lo lejos el furor de sus enemigos, celebra hoy el fausto acontecimiento de su jubileo episcopal, yo no puedo menos, señores, de invitaros una vez más á seguir sus enseñanzas saludables, á protestar de nuevo nuestra adhesión incondicional á las enseñanzas del Pontificado, y á jurar con entusiasmo, que peharemos en defensa de nuestra Religión sacrosanta, hasta dar por ella nuestro último aliento, puesta siempre con León XIII la esperanza en nuestro Dios y en la intercesión poderosa de aquella rutilante Estrella, auxilio de los cristianos, símbolo de toda esperanza, que es María.

HE TERMINADO.

---

## MISIÓN ALTÍSIMA DE LEÓN XIII

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE DE ESTA ACADEMIA

**Dr. D. Narciso Pla y Deniel.**

SEÑORES:

Celébrase en todos los ámbitos del mundo, en estos instantes, un fausto y extraordinario suceso. Una corriente de amor, nacida allá á orillas del Tiber, y atravesando desiertos, oasis, pueblos, naciones é imperios, los países todos del antiguo y del nuevo Continente hasta sus más remotos y apartados confines, se establece en las almas y hace vibrar, á impulsos de un mismo sentimiento, millones de corazones. Causa que en estos tiempos de grandes divisiones y tremendas parcialidades, de tal manera une á los hombres sin distinción de clases, al noble y al plebeyo, al pobre y al potentado, forzosamente ha de ser, una causa muy noble, muy legítima, y muy santa. Poseídos de santo y cristiano júbilo, los católicos de todo el orbe celebran el quincuagésimo aniversario de la consagración episcopal del inmor-

tal Vicario de Jesucristo que hoy gloriosamente rige los destinos de la Iglesia, y congregados en los templos, en sus centros y en sus academias, de todos lados se envían votos de incondicional sumisión á las salvadoras é infalibles doctrinas de la Cátedra Divina, y por los cuatro vientos afluyen á Roma manifestaciones de amor y veneración al augusto Anciano, sobre cuya frente inmaculada se ostenta la triple y egregia corona, que enlaza las miserias y dolores de esta vida, con los divinos é inefables deleites de los alcázares de la gloria.

En semejante ocasión, no podía esta Academia, sin faltar á un doble deber, dejar de unir su humilde voz al universal concierto de voces que de todas partes se elevan hoy á la Silla de San Pedro, ni dejar de entregar á los aires un mensaje de amor, que atravesando el Mediterráneo y llegando hasta el Vaticano, ponga á los pies de Nuestro Santísimo Padre el testimonio de nuestro fervientísimo homenaje.

Y no es tan sólo por la índole única y exclusivamente católica de esta Academia que venimos obligados á ello, sino además por la paternal y bondadosa solicitud con que Su Santidad, en su bondad inagotable, se digna mirarnos. Pública se ha hecho, señores, la honrosísima y significativa distinción que en el pasado mes dignóse Su Santidad conceder á nuestro sabio y queridísimo Director el P. Llanas, al inscribirlo entre los Consultores de la Sagrada Congregación del Índice; y pública se ha hecho también la especial y apostólica bendición que para todos y cada uno de los señores Académicos nos mandó hace pocos días el Santo Padre, por conducto de su Cardenal Secretario, el Eminentísimo Cardenal Rampolla. Por esto, señores, un sentimiento de gratitud anima á esta fiesta, que si el Jubileo Pontificio es para todo católico motivo de júbilo, es también para nosotros una fiesta de acción de gracias que tributamos al Padre Santo, por la altísima distinción que á nuestro querido P. Director se ha dignado conceder, y por la amorosa solicitud con que se digna mirar á esta Academia.

Bien deseáramos resultara esta fiesta digna del augusto Varón á quien va dedicada; más ¡ay! que El ocupa altísimo y divino sitio, lleva la representación de Dios Crucificado y con la cruz de su tiara está bordeando los lindes de la peana del Creador, y nosotros, débiles y humildes, apenas si tenemos voz digna de llegar á tan elevadas y casi celestiales regiones. Por esto hoy menos que nunca debéis buscar en nuestros trabajos ni la brillantez ni el mérito, que no es, señores, fiesta del saber sino de amor y gratitud la que en estos instantes celebramos. Y sólo porque en ello confío, sólo porque espero que así lo hareis, atreveréme, señores, á desplegar ante vosotros mi pobre y humildísimo trabajo, que pobre y humilde como es, lo ofrezco, sin embargo, con todo el amor de mi alma al augusto Anciano del Vaticano.

Señores: Ha dicho un célebre orador contemporáneo, de nuestra patria, que en nada ó en cuasi nada resplandece tanto la Providencia de Dios en favor de su Iglesia, como en la economía divina que preside á la provisión de sus Pontífices, según las necesidades sociales de cada momento histórico; y tomando yo pié de esta verdad y fijándome en la augusta personalidad de León XIII, hubiera deseado en esta tarde poderos presentar la prodigiosa manera cómo en León XIII concurren las difficilísimas y portentosas cualidades que exige del Pontificado la revuelta y trastornada sociedad contemporánea. Pero la grandiosidad de la figura de León XIII de una parte, y los múltiples conceptos bajo los que es digna de estudio la sociedad contemporánea de otra, hacen tan compleja y difícil la materia, que ni mis humildes aptitudes habrían de permitirme tratarla de una manera adecuada, ni lo consentirían tampoco los estrechos límites de un breve discurso. Por esto sin abandonar la idea, porque ella me atrae y me subyuga, habré de limitar me y vosotros contentaros, con que os trace, y aún esto ligerísimamente y á grandes rasgos, algunas notas de aquel trascendental y hermosísimo asunto.

Admirable es, señores, por muchos conceptos la historia del Pontificado, que teniendo cuna tan humilde como el suplicio de San Pedro en el Montorio, se dilata á perpetuidad al través de los tiempos, y en la nunca interrumpida sucesión de sus Pontífices, ofrece, como dice Augusto Nicolás, un verdadero y continuado prodigio histórico. Las más antiguas dinastías reinantes son sólo de ayer, dice el protestante Ranke, comparadas con la augusta dinastía de los Pontífices Romanos. Ninguna, señores, absolutamente ninguna institución de cuantas existían cuando se implantó en Roma por vez primera la Cruz, existe ya. Pueblos, naciones, imperios, civilizaciones enteras han desaparecido. Sólo el Pontificado en medio de mil tempestades revolucionarias ha continuado firme y sin descanso su marcha gloriosa y divina. En el inmenso mar de las pasiones humanas, ninguna institución como ella ha sido tan combatida por sectas, guerras y revoluciones, ni ninguna como ella ha entonado tantas veces los himnos de la victoria. Apenas nacida, ya en el siglo primero, se levantan contra ella, entre otros, los nestorianos y esenios que prometen destruirla, pero nestorianos y esenios pasan y mueren, mientras el Pontificado sigue inmóvil, convertido en concierto de divinas voces. Y entre otros herejes aparecen tras ellos, los milenarios y donatistas, pero milenarios y donatistas pasan y mueren. Y vienen después, entre otros mil que prometen acabar con el Pontificado, los lorencistas y judaizantes, y judaizantes y lorencistas pasan y mueren. Y aparecen más tarde los albigenses y husistas, y husistas y albigenses pasan y mueren, como pasarán y morirán después de haber producido mayores ó menores

trastornos, pero pasarán y morirán, no lo dudeis, señores, los luteranos y jansenistas, los idólatras de la razón y de la libertad, los racionalistas y sectarios que tan encarnizadamente y con tan traideras armas combaten á la Iglesia, mientras el Pontificado seguirá de pié, para salvar la civilización en el día del peligro, y aparecer luego más majestuoso todavía, vestido de luz, repitiendo los cánticos de la gloria. No, no hay aún en el orden puramente humano institución más admirable que el Pontificado. Herejes y protestantes, cuantos no dominados por la pasión han querido estudiarlo, han confesado su sorpresa al descubrir que vive fuera de la ley general que preside la vida de las instituciones humanas. «Cuanto entonces había—exclama, señores, un autor nada sospechoso de parcialidad, el célebre é ilustrado protestante Macaulay—no existe ya, y á pesar de ello el Pontificado subsiste, no en estado de decadencia, sino lleno de vida y vigorosa juventud.... Ninguna señal indica que el término de esta soberanía esté próximo. Ella ha sido el comienzo de todos los gobiernos que hoy existen y parece estar destinada á ver también su fin. Era ya grande y respetada antes que los sajones pusieran por primera vez su pie en el suelo de la Gran Bretaña, antes que los francos vadearan el Rhin, cuando la elocuencia griega florecía en Antioquia, cuando los ídolos veíanse adorados todavía en el templo que posteriormente había de ser el de la Meca. Todo parece decir que ella será grande y respetada todavía cuando algún viajero llegado de Nueva Zelanda, parándose en medio de vasta soledad y apoyándose contra algún arco roto del puente de Londres, se detenga para diseñar las ruinas de San Pablo....»

Y á pesar, señores, de la admiración que bajo cualquier aspecto que se considere al Pontificado produce siempre su estudio, nada que sorprenda más, quizás nada revela tanto su origen augusto y divino, como la correlación constantemente guardada entre las cualidades más resplandecientes en cada uno de los Pontífices y las necesidades sociales de sus respectivas épocas. Recorramos, siquiera sea ligerísimamente, la historia del Pontificado, que es á la vez la historia de la civilización del mundo, y no tardareis en convenceros.

Observad, cómo cuando la Iglesia debía atender ante todo y sobre todo á la propagación del Evangelio, porque el mundo entero lo desconocía, cuando necesitaba implantar la Cruz en el seno mismo de la Roma de Neron, de Agripina y de Mesalina; cuando debía sacar á aquella sociedad pagana del error á la verdad, de la carne al espíritu, del brutal sensualismo al puro y noble sentimiento del amor; cuando, en el cumplimiento de su divina misión, el odio del mundo idólatra, había de levantar horribles persecuciones contra aquellas heroicas generaciones de cristianos que á la luz del último resplandor de su vida veían

abierta la inmensidad de los Cielos; cuando los tiempos eran de verdadera persecución para la Iglesia: la Iglesia que no podía acudir á otras armas que á las del amor, de la abnegación y del sacrificio, tampoco necesitaba en sus Pontífices á grandes sabios ni á insignes filósofos; necesitaba si, á Pontífices mártires y Pontífices santos, que alentaran á los cristianos, y que, dando solemnisimo testimonio de su fe, supieran arrostrar serenamente hasta los últimos instantes los tormentos del martirio. Y ved, señores, cómo cuando en el Palacio de los Cé-sares se sientan mónstruos como Nerón, Caligula, Severo y Domiciano, al frente de la Iglesia, en la Silla de San Pedro aparecen ilustres mártires como Anacleto, Ceferino, Clemente, Eutiquiano, y Evaristo, nombres venerandos que no figuran ciertamente como portentosos sabios, pero que se leen todos sin escepción en el glorioso catálogo de los mártires y de los santos.

Cuando posteriormente la Iglesia se mostraba ya triunfante, — cuando la Cruz se ostentaba ya en el Capitolio, — cuando la Roma pagana de los Emperadores había ya pasado á ser la Roma cristiana de los Pontífices, cuando la sociedad sacada de las tinieblas del paganismo había comenzado á entrar por las vías de la civilización cristiana; la Iglesia cuya misión no era ya triunfar, sino consolidarse, extenderse y propagarse, á la vez que salvar los últimos restos de la cultura griega y latina de la irrupción de los bárbaros, que dirigidos por la fuerza brutal de Atila y Genserico, aniquilan, talan, é incendian, sin que les detenga, ni la riqueza de las bibliotecas, ni la belleza de los monumentos, ni la esplendidez de los palacios; cuando la sociedad entera pide luz, y parece con su silencio decir á los hombres de su tiempo: ¡Sabios, levantaos y hablad! la Iglesia necesita también á Pontífices héroes y á Pontífices sabios, y ved también cómo entonces, mientras en las filas de la Iglesia militan los Agustines, Ambrosios y Crisóstomos, en el sόlio de San Pedro aparecen figuras tan sublimes, como las de Inocencio I y León el Magno que salvan á Roma de las furias de Alarico y Atila, y un poco más tarde aparece la de aquel gran restaurador de las letras, el amigo querido de Leandro é Idefonso, el cantor de las *Homilias* sobre Ezequiel, el formador de la lengua latina cristiana, majestuosa y sencilla, clara y precisa, aquel á quien por su portentosa elocuencia y extraordinario saber llamaban ya sus contemporáneos con el nombre de Gregorio el Grande.

Después, cuando la civilización peligraba amenazada por la cimitarra, cuando el enemigo que avanza se llama Mahoma, Abderraman ó Tamerlan, cuando la civilización para defenderse no tiene otro remedio que acudir á las luchas de la fuerza y á los triunfos de las armas, cuando la sociedad, presa de espanto, grita: ¡Héroes, levantaos, márchad y herid y defendednos! ved como Dios sabe suscitar para su Iglesia Pontífices tan enérgicos y va-

lerosos como Silvestre II y Urbano II que colocándose al frente de sus pueblos les dicen: ¡«Levantaos, soldados de Cristo, tomad el estandarte, empuñad la espada, recorred las costas de Siria y desarmad al sarraceno, ó id hasta Joppe y derrotad al turco, que con la fuerza de las armas quiere imponernos su Corán!

Ved, señores, cómo cuando después, sin que llegue á faltar la santidad en la Iglesia, la disciplina está sin embargo algún tanto relajada y los Emperadores de Alemania intentan esclavizar á la Iglesia con la servidumbre feudal por medio de las investiduras laicas, coloca Dios en el Solio Pontificio á aquel humildísimo Santo, conocido por Gregorio VII, á quien la impiedad no cesa de llamar orgulloso, porque hizo revivir la moral, el derecho y la justicia, frente el libertinaje y despotismo de Enrique IV de Alemania; apareciendo más tarde el no menos glorioso Alejandro III, el triunfador de la dureza germánica y vencedor, sin guerra, de un príncipe formidable.

Recordad, señores, y para no alargar demasiado este estudio que podría ser interminable, cómo cuando la Iglesia, después de haber defendido á la Cristiandad y civilizado á Europa, respetada y bendecida por todos los pueblos, necesita encaminarse á la realización de gloriosísimos destinos, y responder á los esplendores de la ciencia en el gran siglo décimo tercero, y posteriormente en el décimo sexto fomentar y proteger las sublimes creaciones del arte, presenta colocados al frente de la Cristianidad, á Pontífices de tan profunda inteligencia y saber tan portentoso como Inocencio III, que resuelve y dilucida todas las cuestiones de su época; y á genios tan superiores como el gran León X, que si admirador y protector del arte, llegó á ensalzar en aquella época del Renacimiento el brillo de la literatura profana, con ánimo tan recto como entendimiento clarísimo, señaló lo que ella encerraba de falsedad y los peligros que ofrecía.

Recordad, señores, á Pío IV, el libertador de Malta, frente á Soliman II, el mayor y más sabio de los sultanes; al severo dominico Pío V, que previendo el incendio pavoroso que en la sociedad se fraguaba, de una parte crea la Congregación del Índice para evitar la propagación de las perversas doctrinas que empezaban á corromper á los pueblos, y de otra, entregando al intrépido Juan de Austria el estandarte de Jesucristo para que lo coloque en la proa de su nave, salva nuevamente á la Cristiandad, derrotando para siempre al hábil y feroz Selim, en aquella memorable jornada de Lepanto.

Y así de esta suerte, recorriendo la historia del Pontificado, ved á Sixto V respondiendo con su entereza y vigor á las debilidades de su época; á Inocencio X contribuyendo poderosamente con su acendrada virtud y temperamentos pacíficos, á restablecer la paz, tan profunda y universalmente perturbada como malamente garantida con la leonina Paz de Westfalia; al virtuosísimo

Pio VI, apellidado por sus contemporáneos el Santo, que con sus extraordinarias dotes de estadista y gobernante hace enmudecer á los que ya entonces empezaban á preparar la especie tan repetida por algunos necios en nuestros días, de incompatibilidad entre las virtudes cristianas y el adelanto de los pueblos; recordad, cómo cuando la Europa entera se hallaba sometida á los pies de un gran tirano, frente á la fuerza brutal de Napoleón, coloca Dios á un Pontífice de tan acendrada virtud y suprema dulzura como Pio VII; y finalmente, señores, recordad cómo cuando ya en pleno siglo XIX, la Revolución en un principio adulatora y obsequiosa, revestida hipócritamente con el manto de la virtud é invocando á cada dos palabras el santo nombre de libertad, había llegado á engañar á muchas personas honradas, por verla confundida con ellas al pié de los altares; cuando se necesitaba un genio de virtud bastante y de gigantes alientos, que pusiera de relieve el verdadero objeto de la Revolución; cuando se hacía necesario decir que aun cuando todos acudian al pié de los altares, mientras unos comían el pan de vida eterna, los otros comían el pan de su propia condenación; cuando se había hecho de todo punto indispensable manifestar que aquello que la Revolución ofrecía como virtud, era muchas veces un crimen, y que la libertad con que brindaba, era horrenda tiranía; cuando en fin, era ya de todo punto imprescindible desenmascarar á la Revolución; ved cómo aparece en el solio de San Pedro aquella inmortal y santa figura en la que se hallaban personificados el saber, ese honor de los hombres, la virtud, esa hija del Cielo, y la gloria, ese honor de las naciones; ved cómo aparece, señores, la santa y gloriosísima figura de Pio IX. Pio IX dió cuanto podía dar, concedió cuanto podía conceder. Magnífico y dadivoso, dice el insigne Valdegamas, empezó su reinado devolviendo á su patria y tendiendo su mano á cuantos halló proscritos, concediendo cuantas reformas pudo á los reformistas, haciendo cuan libres pudo á los liberales, dando con cada palabra suya un beneficio. Pero como lo que la Revolución ansiaba no era la libertad santa y honesta que el Pontífice le concedió, la Revolución pidió más y quiso más y quería que el Pontífice le concediera un libertinaje que no podía conceder y que transigiera en lo que no podía transigir, y entonces fué cuando el Pontífice, dispuesto ya á sufrir los más crueles ataques de la Revolución, á ser su mártir, dirigiendo su vista al Cielo, y levantando su augustísima voz, exclamó su célebre *Non possumus*, y frente al indiferentismo y la duda de los tiempos proclama el dogma de la infalibilidad; frente al sensualismo de la época, proclama el dogma de la Imaculada Concepción; y ante las tinieblas y confusión, entre la verdad y el error, establecidas por la Revolución, deslinda perfectamente los campos, presentando al mundo la lista de iniquidades revolucionarias, el *Syllabus* de los errores modernos.

Acabamos de recorrer, siquiera sea á grandes rasgos y ligerísimamente la historia del Pontificado, y tócanos saludar al gloriosísimo Pontífice reinante, al glorioso y sapientísimo León XIII.

Si, conforme acabamos de ver, los Pontífices han respondido siempre á las necesidades sociales de sus respectivas épocas, si todos los Pontífices han tenido una misión particular y providencial, ocurre preguntar: ¿Cuál ha sido, cuál es la misión especial de León XIII? Y si refiriéndonos á Pío IX, os contestaba á la pregunta con aquella conocida frase que hizo célebre D. Alejandro Pidal, diciéndoos que la misión providencial de Pío IX había sido la de desenmascarar á la Revolución; hablando de León XIII os contestaré á ella, con las palabras de nuestro querido P. Director, insertas en el último número de nuestra *Revista*, diciéndoos que la misión providencial de León XIII ha sido la de «torcer el curso de la civilización y cultura de los pueblos cristianos, empujar á la humanidad culta y civilizada en dirección opuesta á la que seguía, dándole por guía y maestra á la Iglesia, de la cual locamente se alejaba.» ¡Sublime misión que exige para llevarla á cabo cualidades portentosísimas!

Difícil, difícilísimo, y para mí de todo punto imposible sería describiros la colosal figura de León XIII, que jamás le ha sido dado á la avejilla humilde seguir al águila en su vuelo, ni se ha presenciado jamás que el que carece de voz cante deslumbradoras y casi celestiales glorias. No, no temáis pretenda yo describiros las cualidades que resplandecen en nuestro glorioso Pontífice reinante; que es mucha mi pequeñez y demasiada su grandeza. Sólo os puedo decir algo de lo mucho que mi inteligencia, á pesar de ser tan pobre, ve, y algo de lo mucho que mi pecho, á pesar de ser tan débil, siente. Sólo os diré que le admiro y le venero, considerado por los hombres más sabios de nuestra época, aún por aquellos que no militan en la Iglesia, como el más grande sabio de los contemporáneos. Contempladle con su genio profundísimo de político y de escritor, de filósofo y diplomático, ir disipando lentamente y con la ayuda del tiempo, mil y mil falsas prevenciones de la sociedad presente, y aclarando tempestades que se cernían sobre la situación. Contempladle desde su alto y divino sitio, con su fortaleza y su dulzura, con su perspicacia y su sabiduría, influyendo poderosísimamente en esta sociedad del ocaso del siglo décimo nono, tan difícil de ser influida por el criterio de la verdad y del bien. Vedle, á pesar de su respetabilísima ancianidad, respondiendo admirablemente á las múltiples necesidades de la época presente. Ved, cómo ante la sociedad dividida por los odios, las discordias y los sufrimientos populares, amenazada por el egoísmo de los ricos y la miseria de los pobres, acude León XIII á dar paz á los unos y bienestar á todos, haciendo un llamamiento sublime y solemnísimo á

las abnegaciones contemporáneas, invitando no sólo á los católicos, sino á todas las gentes de buena voluntad; á las luchas del amor y á la pacífica y generosa cruzada de las abnegaciones y sacrificios, preparando con su encíclica *De conditione opificum*, ante la que han enmudecido los sabios y se han postrado reyes y emperadores heréticos y protestantes, las cosas, de manera que si el siglo décimonono, ha sido con razón llamado el siglo de los grandes egoísmos, el siglo venidero, el siglo veinte, pueda ser el gran siglo de la caridad. Contempladle en estos días en que las más opuestas ideas andan espantosamente confundidas, y se trastornan los sentidos de todas las palabras, y se sacan las cosas de sus respectivos sitios, en sus admirables encíclicas *Cum multa*, *Immortale Dei* y *Libertas*, separando de suprema manera lo verdadero de lo falso, lo lícito de lo ilícito, devolviendo á las palabras su genuino significado, destruyendo rancias preocupaciones de los unos, y revelando las pérfidas astucias de los otros. Osbervad con qué suprema fortaleza y con qué valiente energía en su encíclica *Humanum Genus* y en la más reciente, dirigida al Clero y pueblo de Italia condena las protervas doctrinas de masones y librepensadores, que quisieran hacernos retroceder á los tiempos de la barbarie y del paganismo; y observad á la vez con qué suprema dulzura se dirige á las almas en sus hermosísimas encíclicas sobre los *Deberes de los católicos* y sobre el *Santísimo Rosario*, fortaleciendo la piedad de los creyentes, alentándoles en su fe y llamando á todos los hombres al camino de la verdad. Contemplad sus prodigiosos esfuerzos para defender á la Civilización de los emboscados ataques de sus enemigos, y sus continuos afanes para dirigirla á la realización de gloriosísimos destinos. Miradle con su hábil diplomática y su prudentísima política, iniciando un movimiento de aproximación hacia la Cátedra Divina, por parte de la cismática Rusia y de la protestante Alemania, y vedle en fin, señores, no cediendo, sino dirigiendo y dominando las corrientes de la sociedad, de tal manera, que permite esperar con satisfacción inefable, que á no tardar, la sabia política y acendrada virtud de León XIII, han de lograr un cambio en las ideas, en los sentimientos y hasta en las costumbres reinantes que haga del Vicario de Jesucristo, el centro de acción religiosa moral, social y hasta política, á que obedezcan preferentemente los pueblos cristianos.

Terminaré este mi modesto y humildísimo trabajo con los párrafos insertos en el penúltimo número de nuestra Revista y que dicen así:

«Tres elementos combatian confederados á la Iglesia de Cristo, cuando León XIII fué llamado á ocupar la Cátedra de S. Pedro: la política, la vana ciencia y la corrupción moral; la política en nombre de las libertades populares, la ciencia en nombre del progreso moderno, la corrupción moral en nombre de las pasio-

nes y de los goces materiales. León XIII ha desarmado á los políticos, bautizando á las modernas democracias y consagrando á los poderes tradicionales: ha desmentido á la falsa ciencia, empujando con más vigor que la incredulidad el carro de la civilización por las vías del verdadero progreso; y ha obligado á los enemigos de la Cruz, liberales, masones, libre-pensadores, á que combatan á la Iglesia desde las trincheras de la inmoralidad, de donde nadie podrá desalojarles hasta la consumación de los siglos. Estos últimos enemigos son los únicos que conservan sus posiciones y á sus banderas se acogen todos los que han jurado odio eterno á la causa del Catolicismo. Pero semejantes enemigos existieron siempre y siempre existirán, y porque la Iglesia debe combatirles sin tregua ni descanso, es llamada Iglesia militante: son las sombras que combaten á la luz, es Belial que combate á Cristo, es el infierno que combate al cielo, es el mundo que combate á la Cruz, es el ángel rebelde que combate á los elegidos de Dios. Contra esos enemigos luchará incesantemente la Iglesia, y contra ellos fueron dirigidas aquellas palabras proféticas: *Porta inferi non prævalebunt adversus eam.*

De ellos no podía librarla la prudencia y sabiduría de León XIII. Pero de esos enemigos arteros que la calumniaban villanamente, presentándola como contraria del bienestar de los pueblos; como envidiosa de los adelantos científicos, artísticos, literarios y materiales; como aliada de todos los despotismos, de todas las ambiciones y de todas las codicias; como reñida con la felicidad y el ennoblecimiento de las sociedades humanas; de esos enemigos, que tantas defecciones han producido en el campo de los creyentes y que han llegado á acariciar la pretensión de sustituir á la Iglesia en la dirección de la humanidad hacia sus destinos, la sabia política de León XIII ha desembarazado ya al Catolicismo, que no es perseguido en nombre de ningún principio aceptable, ni de ninguna aspiración generosa, ni de ningún interés apetecible. Por de pronto, la deserción de los creyentes hacia el campo de la incredulidad ha sido contenida, y empieza á operarse una reacción sólida, universal, pujante, en el seno de la sociedad cristiana, que es la única esperanza de salvación para la civilización y cultura de que estamos tan engreídos.

Es indudable que León XIII, al confundir á los enemigos de la Iglesia, y al poner de manifiesto los gérmenes de vida que ésta atesora, y al asegurar el porvenir de la brillante y variada civilización contemporánea, se ha colocado en primer término en el gran cuadro en que figuran los hombres eminentes del siglo XIX, y se ha hecho acreedor al homenaje de amor y de admiración que el mundo le presta en estos momentos. Es sin disputa el hombre más grande de los tiempos modernos, y todo está diciendo que el fallo de la historia le será más favorable y más

glorioso que el dictado por el agradecimiento y la admiración de sus contemporáneos. Se propuso encauzar la desbordada civilización moderna, y después de haber rectificado las ideas dominantes, ha conseguido poner á la Iglesia de Cristo á la vanguardia del movimiento de reconstrucción social que ha iniciado él mismo con su poderosa influencia y su inmenso prestigio. El mundo se agita convulso, avergonzado de su presente y temeroso de su porvenir; pero el Pontificado empieza á calmar las terribles ansiedades que los síntomas de una rápida disolución habían en todas partes producido.»

Agradecemos, señores, á Dios desde el fondo de nuestras almas, que no abandonando jamás á su Iglesia, en los difíciles tiempos presentes, le concede un Pontífice tan santo y sapientísimo como el que hoy rige gloriosamente sus destinos; y al elevar en estos instantes nuestro mensaje de amor al Augusto Vicario de Jesucristo, hagamos también voto de eterna é incondicional sumisión á sus salvadoras é infalibles doctrinas, únicas que pueden conducir á los pueblos por las vías del verdadero progreso.

HE DICHO.

### LEÓN XIII.

¿Decísme que con voz altisonante,  
Teniendo abierta la moderna historia,  
Lleno el pecho de ardor célebre y cante  
Del insigne León la inmensa gloria?  
¿No sabéis que en mi lira no se mece  
Esta nota sublime que pedís?  
Ya adivino vagar así que empiece,  
En vuestra faz irónico sonris.  
A un pigmeo cantor pedidle sonos  
Que luchen en confusa gritería;  
No le pidais jamás esas canciones  
Envueltas en torrentes de armonía.  
No le exijais jamás por un deseo  
Que arranque un dulce son de su garganta,  
Que un pigmeo cantor siempre es pigmeo  
Y un deseo imposible siempre espanta.  
Y que cante á León! Su gran figura  
A mis ojos sublime se presenta  
Cual gigante visión que en noche oscura  
Cuanto más se contempla más aumenta.  
Coloso atleta de un saber profundo,  
Que luchando con fe en la ardiente arena,  
De la torva impiedad de aqueste mundo

Los embates y cólera refrena,  
Que al mirarse á sus plantas humillada,  
De saña y de furor lanza un rugido  
Y en El clavando fiera su mirada,  
Entre dientes murmura—¡me ha vencido!  
Me ha vencido, Satán! con férrea mano  
Este atleta de Dios mi cuello oprime,  
Y esclava de este genio soberano,  
Con suspiros de horror mi pecho gime.  
Ven conmigo á luchar: la cruz maldita  
Que ciega nuestros ojos aplastemos,  
Y de este Campeón que así la agita  
El trono diamantino derroquemos.—  
Impios, apartad: de vuestra boca  
El blasfemo conjuro que ha surgido  
A extinguirse vendrá contra la roca  
Donde se alza este trono bendecido.  
Y allí junto á él, de pié y alta la frente  
Ceñida de esplendor, vereis, insanos,  
Al invicto León que ardientemente  
Convoca contra el Orco á los cristianos.  
Que El es rey ¡vive Dios! desde su silla  
Con solemne ademán dicta sus leyes  
Y dobla el orbe entero su rodilla  
Arrastrando consigo hasta á los reyes.  
¿Recordais aquel día cuando España  
Despertó de Belona al ronco arrullo  
Y juró quebrantar en la campaña  
Del imperio del Rhin el fiero orgullo?  
Quién entonces detuvo el brazo airado  
Que en alto tremolara la bandera?  
Y quién adormeció al bravo soldado  
Que ardiente se aprestaba á la carrera?  
Quién entonces apagó la infanda tea  
Que siniestros fulgores despedía?  
Y quién hizo abortar la vil idea  
Que Bismarck en su mente revolvió?  
Quién fué? sólo León. Desde su trono  
Su voz angusta resonó una vez,  
Y amistad bella se tornó el encono  
Y la odiosa tormenta placidez.  
Y las que al férreo canciller reían  
Hermosas tierras de belleza estraña,  
Al pecho hispano con amor decían:  
«Estas islas serán siempre de España.»  
Y de todas las almas españolas  
Un ¡viva al grande León! surgió con pasmo,  
Y á nuestras islas las marinas olas  
Transportaron los ecos de entusiasmo.  
Y quién mas grande que El? Desde esta aldea,  
Rincón de un mundo infel que se desploma,  
Su pabellón contemplo que campea

Con majestad angusta sobre Roma.  
Y el alba al asomarse por Oriente  
Cuando en gasas de luz las sombras muda,  
Hacia Roma se inclina dulcemente  
Y el sagrado pendón tierna saluda.  
Y á su sombra bendita duerme el alma  
De gloria y de virtud el sueño hermoso,  
Y el pecho en santa paz goza de calma  
Y en los brazos se mece del reposo.  
Y quién más grande que El? De Jesucristo  
Ostenta el cetro real y la corona,  
Y por rendirle honor un mundo he visto  
Agitarse febril de zona á zona.  
Fenecían diez lustros desde el día  
En que el tierno León por vez primera,  
Entre cantos de amor y de armonía,  
En un rapto de dicha verdadera,  
A los ojos del Dios omnipotente,  
Que le escogió amoroso en su servicio,  
Renovó en el altar con celo ardiente  
De la Víctima angusta el sacrificio.  
Decid: lo recordais? No muy lejano  
Aquel día lució en que un mundo entero  
Recordando con fe que era cristiano  
Y latiendo su pecho amor sincero;  
Un ¡hurra! atronador lanzó á las nubes  
Que llegó del empireo á las mansiones,  
Y á sus ecos bajaron los querubes  
Repitiendo el hurra de las naciones.  
Y el cielo le miró correr ferviente  
A Roma en ardoroso paroxismo,  
Con ciego frenesí, como un torrente  
Que rueda retumbando hacia el abismo.  
Y tembló Lucifer; y del Averno  
A las furias llamando con encono,  
«Maldición—les gritó—vea el Eterno  
Derrocado caer de Roma el trono.»  
Y en tanto con febril entusiasmo  
A los pies de León se postró el mundo,  
Y ahogó los bramidos de sarcasmo  
Que surgían del Báratro profundo.  
Y al oírlos León con honda pena  
Al Edén elevó dulce mirada,  
Y con ánimo fuerte y faz serena  
Arrostró de Satán la carcajada.  
Y al mirar el sublime desvarío  
En que el mundo corrió á besar su pie,  
Extasiado exclamó—Gracias, Dios mio,  
En tu pueblo, Señor, aún hay fe.—  
Pasó un lustro no más; y aquí en mi alma  
Exhalando el aroma de consuelo  
De aquel triunfo sin par la hermosa palma

Grabada queda con color de cielo,  
Y aún vestido de esplendor y gloria,  
Ceñido de laurel el noble Anciano,  
Cantando un himno de eternal victoria  
La cruz tremola con su diestra mano.  
Mirad, miradle ahí lleno de vida  
Aún en medio de inerte senectud;  
Con potente clamor aún convida  
Al mundo pecador á la virtud.  
Mirad, miradle ahí cómo fulgura  
En su frente el destello de la ciencia;  
En su pecho observad cuánta dulzura,  
En su alma admirad cuánta prudencia.  
Aún vigila con tenaces ojos  
De la negra impostura al adalid;  
No se duerme León sobre despojos  
Ganados al error en cruda lid.  
Miradle fijo contemplando al hombre  
Del progreso correr por el camino,  
Y del Dios del Calvario al santo Nombre  
Mostrarle tierno su postrer destino.  
El le mira tranquilo y sosegado  
Abrirse paso de la ciencia en pos,  
Y «adelante!—le dice entusiasmado—  
Que la ciencia que buscas está en Dios.»  
Y le empuja adelante con anhelo  
Arrancando su cetro á la maldad,  
Y le obliga á mirar al alto cielo,  
Que la fuente está allí de la verdad.  
Y ya la pseudociencia avergonzada  
Hunde su rostro en tétrico capuz,  
Ya no clava su vista aletargada  
En los claros reflejos de la cruz.  
Ya los sabios de hoy su frente inclinan  
Del Dios de la verdad ante el Vicario,  
Y en brazos de la fe ya se encaminan  
De la ciencia divina al santuario.  
Ya los pueblos escuchan reverentes  
Las voces del Pontífice inmortal,  
Ya la Iglesia de Dios graba en sus frentes  
De los hijos de Cristo la señal.  
Y aunque vive oprimido bajo el yugo  
Que le impuso sacrilego tirano,  
Aunque llora, por odio de un verdugo,  
Convertido en mazmorra el Vaticano;  
Aunque ve que dirige rencoroso  
Sus garras contra El el masonismo,  
Aunque oye el murmullo pavoroso  
De bélicos cantares del abismo;  
Inquebrantable León, firme en la roca,  
Tremolando la cruz con noble anhelo,  
A cruda guerra á la impiedad provoca,

La espada blande que le diera el cielo.  
 Y en tanto de la Nave salvadora  
 El timón rige cual piloto experto,  
 No temais la tormenta aterradora:  
 Que regida por El, llegará al puerto.  
 Descansemos en El que representa  
 El inmenso poder de todo un Dios;  
 Adoremos la cruz que nos ostenta;  
 Sigamos de sus huellas siempre en pos.  
 Y en tanto que en un sueño de victoria  
 El pecho en brazos de León se mece,  
 Cantemos á una voz himnos de gloria:  
 ¡Salud al Papa-rey! ¡Viva León trece!

R. O. E.

*Igualada 7 de Febrero de 1893.*

## A LEÓN XIII

### I

¿Qué es lo que pasa en mí?... siento una llama...  
 Un sér, genio feliz, mi mente inspira...  
 Percibo bella flor que me embalsama...  
 Mas... resisten las cuerdas de mi lira...  
 No ceden al ardor que las inflama.  
 Resisten al lucero matutino...  
 Al rugido y al murmullo de los mares...  
 A la voz del arroyo cristalino...  
 Al dulce goce de los patrios lares...  
 Resisten... ¡ah!... ¡fatídico destino!...  
 Resisten á acatar tu omnipotente  
 Influjo, ó numen sacro y venerando;  
 No puede, no, mi pecho complaciente  
 Pulsar las cuerdas... un pesar infando  
 Cual sombra ofusca mi tranquila mente.  
 De mi lira templaba el dulce acento  
 Debajo de los sauces, junto al río;  
 En sus alas los ecos fausto viento  
 Llevaba... mas sin fuerzas y sin brío  
 Mi pecho no exhalaba ni un aliento.  
 Tiernas miradas dirigí á las flores;  
 Palabras tiernas á canoras aves:  
 Enviáronme tristísimos colores;  
 Enviáronme sus cántigas no suaves,  
 Luto, tristeza, llanto, sinsabores.  
 Tiernos amores dirigí á la brisa;  
 Suspiros tiernos dirigí á la aurora;

Aquella, sin latir, pasó deprisa,  
 Esta envió el rocío que colora  
 Marchitas flores que la planta pisa.  
 ¿Quién sabe si del pecho las pasiones  
 Al azul virginal del cielo insultan,  
 Y éste desdeña mi lira, mis canciones?...  
 ¿Quién sabe si bellezas se me ocultan  
 Indignas de ruines corazones?...  
 ¿Quién sabe si mi paso vagaroso  
 Profana este lugar santo y divino...  
 O algún genio recibe desdeñoso  
 Los cantos de un profano y peregrino  
 Que turba sus delicias y reposo?...

## II

Babilonia, junto al río  
 Que te baña me senté;  
 Cabe de un bosque sombrío  
 Mi dulce lira tomé:  
 Mas sus cantos no podía  
 Entonar mi corazón;  
 ¿Qué he de cantar, lira mía,  
 Lejos de la hermosa Sión?...  
 Perdidas la paz y calma,  
 Querida Jerusalén,  
 Qué quieres te cante mi alma  
 Sin tí, mi dicha y mi bien?...  
 De los sauces pende, ó lira,  
 Duerme con tranquilidad;  
 Mientras mi pecho suspira  
 Por mayor felicidad.  
 Si te preguntan, qué vate  
 Esta lira aquí dejó?...  
 Responde: un pecho que late,  
 Y bellezas no encontró.  
 Pues ¡ay! aquellas bellezas  
 Que en mi patria siempre ví,  
 Hoy pasajeras grandezas,  
 O patria, son para mí.  
 ¿Dó está la grata presencia  
 De la casa del Señor?...  
 De vírgenes la inocencia?...  
 De jóvenes el candor?...  
 Los efluvios de las flores,  
 Los arroyos, dónde están?...  
 Y aquellos castos amores  
 Por dó divagando van?...  
 De los astros la armonía  
 Sublime, no se oye aquí?...  
 Por ventura la poesía  
 Falaz es y baladí?...

## III

Calla, infeliz, no insultes la grandeza  
 Del genio que en los cielos  
 Tiene su cetro y trono alabastrino;  
 Ya calla, pecho mío, y la belleza  
 No busques en mezquino  
 Tétrico y vil destino,  
 De la tierra, morada de tristeza.

Lira mía, si el genio me arrebató,  
 Si me abrasa una llama,  
 Si los cielos me inspiran,  
 Si una flor me embalsama,  
 Si tus cuerdas suspiran,  
 Si un sér santo derama  
 Torrentes de fulgente y sacra lumbre;  
 Por qué hacia la cumbre  
 Do la verdad germina y fructifica,  
 Do la inspiración poética campea,  
 No levanto mis alas,  
 Para que luego vea  
 El foco de verdad y de poesía  
 Que en lontananza mi pecho ya veía?  
 Por qué pulsaba ansioso  
 De mi lira las cuerdas?...  
 Por qué cual fantasma vaporoso  
 Mis voces se perdían?... No recuerdas,  
 Amada lira mía,  
 La fuente de la paz y alegría?...  
 Si en torno ves miserias y quebrantos,  
 Si malezas y abrojos  
 Ofrecen á tus ojos  
 En lugar de cariño, paz y encantos,  
 Esas feas escenas,  
 De Babilonia mágicas sirenas;  
 Mira la faz divina, encantadora,  
 De la verdad, esplendoroso fuego,  
 Para que el pecho luego  
 Arrebatado en éxtasis profundo  
 Dejando impio el mundo  
 Se cierna en las alturas  
 Disfrutando de célicas venturas.

## IV

Y en tí yo encuentro la verdad, reflejo  
 De luz eterna y de alegría fuente,  
 En tí yo encuentro mi solaz y calma,  
 O León divino.  
 Ante tu frente, el corazón suspira,  
 Las cuerdas vibran con primor y encanto,

Ante tí un cielo llena mi existencia  
De amor y calma.

Pues ricas perlas de virtud y ciencia  
Tu frente adornan; tu corona luce  
Y rayos lanza de esplendor celeste  
Por todo el mundo.

Parto admirable de Tomás de Aquino,  
Las glorias de tu maestro y padre,  
En él estudien quieres santa ciencia  
Todos tus hijos.

Tú pide alas y virtud á Patmos;  
Remontar quieres el confín del cielo,  
Y allí las fuentes de apacibles aguas  
Beber ansías.

Tú vibras rayos, tú anatemas lanzas,  
Tu fuerte brazo la maldad humilla,  
Pues cual el roble que cruel rayo raja  
Muere el impío.

Tú blandes armas, ó David glorioso,  
Contra los impíos que tu reino roban,  
Tú no te rindes: al Goliath tremendo  
Dejas exánime.

Tú de la astucia regios alcázares  
Saltaste un día cual titán forzudo,  
Que Egeón y Jiges más feliz tú fuiste,  
O León potente.

Ea ¡qué bríos, adalid invicto,  
Cuando arrancaste el antifaz masónico,  
Cuando dijiste á la impiedad deshecha  
«¡Jamás yo cedo!

Jamás la herencia de Jesús mi dueño,  
Carisma santo yo daré á los perros:  
Jamás mi pecho cederá cobarde  
Ante mil pérfidos.

¿Tal vez ignoras, impiedad moderna,  
Que el Rey de Roma, que soy yo León Trece,  
Fuerzas poseo mucho más temibles,  
Que fiera espada?

¿Tal vez ignoras, cobardía insana,  
Que los siglos pasan, las edades huyen;  
Más que la Iglesia permanece siempre  
Bella y lozana?

¿Tal vez ignoras que un divino espíritu  
La Iglesia impulsa en su feliz carrera,  
Que es Madre de héroes de Jesús la Esposa,  
De héroes invictos?»

## V

Y aquellos paternos  
 Latidos de tu pecho, León querido,  
 Que míseros mortales  
 Han con placer sentido  
 En medio de borrascas mundanales!...

Y aquel amor, lucero  
 De un corazón que ama con fe pura,  
 De llama reverbero  
 Que á tí, feliz criatura,  
 Te ilumina y hace de piedad venero!....

Quién podrá comprenderte  
 Amor?... amor de un Padre?... ¡qué delicias!  
 Mortales, ¡fausta suerte!  
 Recibir las caricias  
 De un amor que se burla de la muerte!....

Mas ¡ay! amor sagrado!  
 Si medirte no cabe, cabe abrirte  
 Mi seno enamorado  
 Y hasta el cielo seguirte  
 Por siglos de los siglos percibirte.

Cábeme verte dentro  
 Del pecho de mi Padre, en dulce estancia,  
 Cábeme ir á tu encuentro,  
 Percibir tu fragancia  
 Gozando en odorífera abundancia.

Sí: León sacro, mi pecho  
 Junto al tuyo estará perpetuamente  
 En deliquios deshecho  
 De amor tan permanente  
 Como sólo mi pecho quiere y siente.

Mientras los astros brillen,  
 Y reciban los mares el torrente,  
 Y las playas orillen  
 El piélago, y luciente  
 Siga el sol cada día por Oriente;

Mientras Dios justiciero  
 Su fuerza muestre en el potente rayo  
 Y del juicio postrero  
 Retumbe como ensayo  
 El trueno, voz de muerte ó de desmayo;

Siempre estaré contigo  
 Amándote sin fin, sin fin gozando  
 De tí; no me desdigo:  
 Vivir me ves amando?...  
 Amarte me verás la luz dejando.

.....

## VI.

Apenas los fugores de reluciente aurora  
Al mundo iluminaron, cruzaron el azur  
Espíritus celestes con místicos pendones  
Ondeando por los aires el signo de la cruz.

Hermosos incensarios, subido y puro aroma  
En vasos de oro y nácar, vestidos de valor,  
Un cáliz de oro y perlas y mil preciosos dones  
Llevaba desde el cielo dicha feliz legión.

¿Dó vais con tales prendas? á quién Dios os envía?  
Les pregunté curioso ¿qué celebráis? decid:  
Entonces refulgerte de entre ellos ¡oh qué dicha!  
El ángel de la humilde Academia dijo así:

« Heroicos, hijos míos, en cuyos corazones  
Se esconde un fondo inmenso de fe y de caridad,  
Los ángeles del cielo volamos presurosos  
A Roma, ciudad santa, ciudad Pontifical.

Aquel dichoso anciano, Vicario del Altísimo,  
El rey y sacerdote, según Melquisedech,  
Diez lustros ha que empuña el báculo divino  
Que rige y santifica de Cristo santa grey.

Por eso ricos dones, ofrendas y regalos  
Los cielos y la tierra dar quieren á León,  
Su prenda de homenaje, como que son vasallos  
De aquel á quien por Papa y por Rey Dios consagró.

¿Queréis también vosotros pagar vuestro tributo?  
En vuestro nombre, os digo, que al Papa lo daré;  
Queréis que á Roma vayan del éxito seguros  
Amantes corazones?... se los daré también.»

· · · · ·  
Sí: toma la Academia, la vida y sér que tiene,  
Presenta á León sus votos, deseos y fervor;  
Dí al Papa que se acuerde de los que aquí veneran  
Su fuerza prepotente, su amante corazón.

Recuérdale que somos aquellos que en firmeza  
Un día superamos al mismo pedernal;  
Que fieles españoles jamás recibiremos  
El libre pensamiento, nacido de Satán.

Y dile que aunque cunda feroz el masonismo  
Jamás, jamás queremos que triunfe, no, jamás;  
Sino que cantaremos victoria, cual encina  
Que vence tempestades y burla el huracán.

Que fragüen los impíos mil flechas con intento  
De traspasar el pecho del cristiano, sí;  
Que sepa el Papa, ó ángel, que somos hijos fuertes  
Que nunca nos fiaremos del hombre de mandil.

Delante todo el mundo y firmes protestamos  
Contra los que alevosos osaron despojar  
De las insignias reales y del dominio al Papa;  
¡Por Dios! qué sacrilegio!... Señor, lesperdonad....

Más firmes todavía, si cabe, nuestros pechos  
 Levantan *tolle, tolle* á la falsa libertad  
 De cátedra, de cultos, de discutir, de imprenta,  
 Y del naturalismo, la peste universal.

Mil veces prometemos, por más que cueste sangre,  
 Alzar hasta las nubes la voz de «Religión;»  
 No importa que masones, impíos y malvados  
 Den gritos: «Abajo el fanatismo, que vaya fuera Dios »  
 No importa, no: queremos ser zuavos del Pontífice,  
 Queremos los derechos del Papa defender;  
 Seremos la vanguardia de Cristo y su milicia:  
 Muramos, que es glorioso morir por nuestro Rey.

Recibe, mensajero de Dios y la Academia,  
 Recibe nuestros dones de filial caridad,  
 Entrégalos al Papa, que bien se lo merece.....  
 ¡Podieran de sus ojos les lágrimas secar!....

Adios, ángel divino, vé, cuenta á nuestro Padre  
 Con cuánto amor le amamos, con un amor sin fin;  
 ¡Felices los que pueden con amorosos labios  
 En los pies de León Trece sus besos imprimir!....

T. V. E.

---

## ADVERTENCIA

---

Con el presente Número regalamos á nuestros suscriptores un magnífico retrato de Su Santidad León XIII, de tamaño doble del que tiene las páginas de nuestra Revista. Es un sacrificio que la ACADEMIA CALASANCIA se ha impuesto, en consideración al inmortal Pontífice, que tan felizmente rige los destinos de la Iglesia, y á quien consagramos el presente Número, como recuerdo del Jubileo Episcopal que el mundo entero celebra en estos días.